Concurso Nacional

Háblame de tu abuelo/a Háblame de tu nieto/a

RECOPILATORIO 2005/2006

Paz Figares

MINISTERIO DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES

SECRETARÍA GENERAL DE ASUNTOS SOCIALES

IMSERSO

CEOMA
Confederación Española de Organizaciones de Mayores

fundación santa maría

CAJA MADRID
OBRA SOCIAL

CONCURSO NACIONAL

HÁBLAME DE TU ABUELO/A
HÁBLAME DE TU NIETO/A

RECOPILATORIO 2005/2006

ÍNDICE

Prólogos

Eduardo Rodríguez Rovira - CEOMA *7*
José Joaquín Cerezo - Fundación Santa Maria *11*
Carlos Mª Martínez - Obra Social Caja Madrid *13*
Ana Botella - Ayuntamiento de Madrid *14*

Categoría Abuelos 2006

Llevo tu nombre en mi corazón *19*
Escena familiar *23*
Paseo matinal *28*
Háblame de tu nieto *33*

Categoría Nietos 2006

Alguien a quien tanto sigo queriendo *39*
El amor de mis abuelos *41*
Los abuelos van a la huerta *42*
Sin título *43*
Sin título *44*
Mis abuelos *45*
Mis abuelos son los mejores *48*
Mi abuela y yo *50*
Mis abuelas *53*
Mi persona mayor favorita *55*
Mi abuelo *58*
Una carta directa al cielo *61*
Desde alguna parte *63*

Categoría Colegios 2006 y Menciones especiales *67*

Categoría Abuelos 2005

Afanes voladores *71*
Señó, es mi abuelo... ..... *75*
Fragmentos (de mi diario personal) *78*

Categoría Nietos 2005

Los Abuelos *83*
Te quiero abu *87*
La yaya y Adriana *88*
Cuando se conocieron mis abuelos *89*
La fiesta sorpresa *90*
Mi abuelo *91*
Sin título *92*
Un problema entre mis abuelos y yo *93*
¡¡¡Superabuelos al rescate!!! *96*
La importancia de los abuelos *99*
A mis raices *102*
El mejor de los abuelos *105*

Categoría Colegios 2005 y Mención especial *109*

Galería de fotos *113*

Prólogos

Eduardo Rodríguez Rovira

Presidente de la Confederación Española de Organizaciones de Mayores

LA RELACION ABUELOS NIETOS

Al aumentar la esperanza de vida es normal que los niños actuales conozcan, no sólo a sus cuatro abuelos, si no incluso a algún bisabuelo. En las generaciones anteriores, por el contrario, no era infrecuente que no se hubiera conocido a ningún abuelo. La familias han pasado de ser horizontales (muchos miembros en cada generación) a verticales (muchas generaciones de pocos miembros). Como es obvio no todos los mayores tienen nietos, lo contrario de los niños, que todos han tenido o tienen abuelos. Lo relevante hoy es que los abuelos tienen menos nietos que antes pero los nietos llegan a conocer vivos más abuelos y sus relaciones con ellos se han ampliado en el tiempo, extendiéndose a varias décadas cuando se trata de abuelas.

La relación abuelos/nietos ha cambiado también radicalmente con el paso de una economía rural, una sociedad tradicional, con una familia patriarcal, a una economía industrial, urbana y una familia nuclear, en muchos casos desestructurada. Antes las diferentes generaciones se mantenían unidas en un solo hogar y el poder económico y social residía en la figura patriarcal del mayor. Hoy la movilidad social por razones económicas hace que los hijos abandonen el hogar paterno y en muchos casos su localidad. Incluso la permanencia en la misma población, cuando se trata de grandes metrópolis, puede suponer fuertes barreras a la comunicación. Económicamente ya no existe interdependencia. El Estado de Bienestar protege a los mayores y el desarrollo económico permite a los hijos mejorar su situación familiar anterior.

En consecuencia, la relación abuelos/nietos también ha cambiado radicalmente, lo que no quiere decir que haya empeorado. La autoridad de la persona mayor en la sociedad tradicional ha dado paso al respeto y la confianza, incluso a la connivencia. En muchos casos no existe proximidad física, pero los avances en las tecnologías de la información y la mejora de los medios de comunicación, permiten el contacto regular a los que viven separados. El valor de los abuelos como cuidadores aumenta además en los casos de madres trabajadoras y de rupturas familiares o fallecimiento de los progenitores cuando los abuelos tienen que sumir el rol de padres.

Por otra parte, al no existir –o disminuir- vínculos económicos y modificarse el rol autoritario entre los padres e hijos, las relaciones familiares que se crean están basadas únicamente en la afectividad. Efectivamente los nietos proporcio-

nan una enorme satisfacción a los abuelos, dan un nuevo significado a sus vidas que tenían un gran hueco que llenar desde el momento en que el nido quedó vacío y se crea una relación entrañable, ya que el apoyo emocional es mutuo. Sólo hay que ver las caras de un nieto y de una abuela cuando se encuentran después de cierto tiempo.

De la mano del abuelo, los nietos han aprendido en muchos casos a dar sus primeros pasos y muchas cosas básicas de la vida, como el disfrute del tiempo sin las prisas de la vida laboral, la paciencia infinita. Cuando se es mayor se reconoce en el interior la huella que han dejado los abuelos y por ello los que hoy somos abuelos intentamos imitar su ejemplo y dejar la marca de lo mejor de nosotros mismos

El nieto ayuda al equilibrio emocional del abuelo. Se sabe querido, valorado e integrado en la familia. Y viceversa en el caso del nieto, que percibe un afecto incondicional. De hecho hay psicólogos que defienden que es más fácil para los abuelos que para sus padres el establecer lazos afectivos con los nietos. La experiencia de ser abuelo es algo muy cercano a la de ser padre, ya que muchas veces trata de hacer con los nietos aquello que dejó de hacer con sus hijos, cuando la lucha por salir adelante en su trabajo, las urgencias del día a día, le impidieron dedicarse plenamente a los hijos..

En su mayoría la relación abuelo-nieto es gratificante. Así lo declaraban 9 de cada 10 abuelos en el Reino Unido (Encuesta de Actitudes Sociales Británicas, 1999). En la citada encuesta el 74% de los entrevistados estaban de acuerdo en que las familias necesitaban la ayuda de los abuelos cada vez más al trabajar las madres, pero un 50% pensaba que hoy día no se le daba suficiente valor al papel que los abuelos desempeñan en la vida familiar y que incluso muchos padres no apreciaban la ayuda que los abuelos les prestan (40% de los encuestados)

Según el Panel de Hogares de la UE, EUROSTAT, en 2001, el 6.6% de las personas mayores de 65 años estaban implicadas en el cuidado diario no remunerado de niños y representaban el 7,7 % de todas las personas que cuidaban menores. La ECVM por su parte nos descubre que el 58,5% de los mayores ha participado en algún momento en el cuidado de los niños. Si esos mayores son abuelos, el 75% ha participado alguna vez en el cuidado de sus nietos. Hay que tener en cuenta que el cuidado a otras personas mayores por parte de los propios mayores es superior al que se dedica a niños, por lo que la contribución económica y productiva de las personas mayores es una realidad. Según el INE 1,8% del PIB español procede de la ayuda que proporcionan los abuelos en los domicilios con niños de cortas edades (Mayores hoy, Júbilo). Existen estudios que señalan que sin esta ayuda de los abuelos cerca del 20% de las mujeres no podrían trabajar fuera de casa.

Se ha hablado mucho de las "abuelas esclavas". Según un estudio de la Profesora Summing Lee, de la Universidad de Harvard, con una muestra de 54.400

abuelas encargadas del cuidado de los nietos, cuando el cuidado es relativamente intenso, se incurre en situaciones de estrés, especialmente cuando se tiene un excesivo sentido de las responsabilidad, que conduce a un 55% más de posibilidades de desarrollar enfermedades coronarias. Sin embargo en un estudio reciente del Instituto Catalán de Salud, el cuidado de los nietos no sólo no es negativo para la salud de las abuelas canguro, sino que estas se encontraban mejor desde que cuidaban a sus nietos, se sentían más útiles, más arropadas socialmente y era para ellas una fuente de satisfacción. Es posible que no exista contradicción entre los dos estudios ya que hay que poner líneas rojas a la ayuda prestada. Si no se llega a una excesiva carga de trabajo éste es satisfactorio. Más allá se pueden crear hasta problemas de salud en las personas mayores que son cada vez más frágiles y que no pueden sustituir el cuidado que, por ley de vida, corresponde a personas jóvenes y fuertes.

La II Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento, cuyo V Aniversario celebraremos enseguida, establece como medida (106. c), dentro del Plan de Acción Internacional, la de *"Fortalecer el papel positivo de los abuelos en la crianza de sus nietos".* En la misma línea así lo reconoce la exposición de motivos de la Ley 42/2003, cuando modifica el Código Civil en materia de relaciones familiares entre abuelos y nietos, reforzando el derecho de los abuelos a relacionarse con sus nietos. *"Los abuelos desempeñan un papel fundamental de cohesión y transmisión de valores en la familia".* La norma da fuerza legal a lo que en la sociedad es un valor convenido.

Se dice que se está perdiendo el contacto entre las familias, sin embargo existe un altísimo nivel de responsabilidad en las familias contemporáneas (J. F. López Paz). Cuatro quintas partes de las personas mayores de 65 años viven en su propio domicilio y el 28,5 tiene todavía algún hijo en su casa, normalmente no emancipado. Con los hijos vive aproximadamente el 15% de las personas mayores de 65 años. Cuando se les pregunta a los mayores, solamente el 16% quiere vivir con sus hijos. Ahora bien, quieren tener a sus hijos cerca y de hecho también los suelen tener, porque el 54,7% de las personas mayores de 65 años vive cerca de algún hijo. Esta cifra es significativa, porque no todos los mayores tienen hijos, por lo que el porcentaje necesariamente será superior a efectos del contacto padres/hijos. El trato con los nietos se deduce indirectamente de este dato y del contacto que mantienen los mayores con sus familiares, que es del 50% diario y un 30% una o dos veces a la semana. (Informe del IMSERSO).

Los mayores hoy día son más activos, con mayor nivel de vida y educación que antes. Viajan más, tienen más hobbies. Escogen vivir solos y en su propia casa. No quieren perder su autonomía. Es importante compaginar este sentido de libertad con su relación afectiva con la familia y en el caso que tratamos aquí con los nie-

tos. Les gusta ser el referente familiar, constituir la memoria de la familia, por tanto un eslabón imprescindible en la transmisión de los tesoros sentimentales del clan familiar y cuando los nietos llegan a determinada edad escuchan esas historias con mayor interés que sus cuentos preferidos. La influencia de los abuelos en sus nietos puede ser muy grande en la transmisión de valores y en su educación.

Para nosotros esta relación abuelos/nietos es muy importante y desde el primer momento hemos participado con nuestras organizaciones confederadas en todas las iniciativas que han realizado, relacionadas con este tema. Así Edad Dorada/ Mensajeros de la Paz, organiza todos los años el Día de los Abuelos, que se celebra el 26 de Julio, Festividad de San Joaquín y Santa Ana, los abuelos de Jesús. Abuelos en Marcha, ABUMAR es otra organización dedicada exclusivamente a cuidar esta relación. La Fundación Independiente creó en momento el Concurso "Háblame de tu Abuelo/a, háblame de tu nieto/a" y cuando, a su iniciativa, se constituyó CEOMA le cedió la gestión del Concurso, que se organiza conjuntamente con la Fundación Santa María y con la Obra Social de Caja Madrid y cuenta con la colaboración del Ayuntamiento de Madrid, Faunia, Viajes Mapfre y a Ciutat de les Arts i de les Ciències de València.

Este Concurso constituye uno de los de mayor éxito que se realizan en España. Nada menos que 2.700 trabajos se recibieron este año, lo que crea un problema logístico de primera magnitud. Desde aquí queremos agradecer a las personas que, como prejurado, han realizado una labor ingente y a los miembros del Jurado, presididos por Ana Botella y formado por Pedro Núñez Morgades, Carlos María Martínez, José Joaquín Cerezo Gómez, Florencio Martín, Carmen de Alvear, Javier García Pérez y la Secretaria del mismo Mayte Ruiz de la Parte, que han tenido grandes dificultades para seleccionar los mejores trabajos.

Mucho a lo que hemos hecho referencia se refleja en los relatos de los cientos –miles- de niños de toda España que han participado en las sucesivas ediciones del concurso. Son textos y dibujos que transmiten, espontánea e inocentemente, la fuerza de ese vínculo y la seguridad de saberse queridos al margen de cuanto sucede alrededor. Junto a su testimonio, hemos querido incluir la de otros muchos abuelos que dedican a sus nietos textos y dibujos que expresan todo su cariño y devoción. Testimonios del amor más puro hacia unos niños que les devuelven la alegría de vivir, que les ayudan a mirar al futuro con esperanza y que en tantas ocasiones renuevan el sentido de sus vidas.

Les invito a leer esta recopilación de trabajos y a emocionarse con ellos. Un pequeño homenaje a todos los abuelos y nietos que disfrutan compartiendo sus vidas.

José Joaquín Cerezo Gómez

Director de la Fundación Santa María

En 1977 los marianistas de España decidieron crear la Fundación Santa María, dotándola, como patrimonio fundacional, de la empresa Ediciones SM. Así, los beneficios de ésta se destinan a acciones de extensión de la cultura y la pedagogía. En efecto, un objetivo de la Fundación Santa María es "promover todo lo que contribuya a dignificar y desarrollar las ciencias pedagógicas y las técnicas didácticas, así como a una mayor especialización del personal dedicado a la docencia". Desde su creación, la Fundación ha actuado en campos muy diversos, entre ellos los destinados a la formación del profesorado.

Pero también es un objetivo prioritario de la Fundación "extender la docencia y la cultura a aquellos estamentos sociales que, por diversas causas, tienen más dificultad de acceso a las mismas". Por eso, otro punto de insistencia de la Fundación se refiere a la gente más necesitada de nuestro mundo. Nuestro sistema económico lleva consigo la marginación, la pobreza y en muchas ocasiones la insolidaridad. Atenta, pues, a las necesidades de la sociedad en cada momento, la Fundación Santa María trata de adaptarse a las situaciones reales de pobreza que van surgiendo, creando programas nuevos con los que intenta poner su grano de arena en la lucha contra la marginación social.

Entre las actividades desarrolladas por la Fundación Santa María cabe destacar la promoción de la literatura infantil y juvenil, convocando los premios Barco de Vapor y Gran Angular. En este contexto, la Fundación Santa María inició en el curso 2000-2001 la colaboración con la Fundación Independiente y con CEOMA en la convocatoria del Concurso Nacional "Háblame de tu abuelo/a. Háblame de tu nieto/a". El objetivo de este Concurso ha sido, y sigue siendo, fomentar la relación entre ambas generaciones. En un momento en el que muchos abuelos y abuelas tienen el papel educador de sus nietos y nietas, en el que rodean a sus nietos del cariño gratuito, desinteresado, amable y abierto, hemos considerado importante e incluso necesario abrir un cauce de expresión de estos sentimientos. El Concurso, pues, ha sido tanto de redacción como de dibujo y ha abarcado las edades en las que esta relación es más estrecha por la necesidad de los propios nietos.

Desde el año 2000, fecha en la que comienza esta bonita colaboración entre las entidades organizadoras del Concurso, hemos visto acrecentarse la cantidad y la calidad de los trabajos presentados. El Jurado, compuesto por destacadas personalidades en el ámbito de la educación, de la tercera edad y de la niñez, siempre ha tenido dificultades para decidir a quién se otorgaban los premios.

Pasados cinco años desde el inicio de la colaboración entre la Fundación Santa María, la Fundación Independiente y CEOMA, queremos recoger en este libro algu-

nos de los trabajos galardonados. Hacer una selección siempre es delicado: sabemos que nos quedan redacciones entrañables unas, otras graciosas, otras expresivas... y dibujos llenos de arte, de candor e inocencia de los más pequeños, que no han sido publicados. Por eso, más que una selección de los mejores ofrecemos a nuestros lectores una muestra significativa de la calidad que ha llegado a nuestras manos. Calidad literaria y artística, ciertamente; pero sobre todo calidad y calidez humanas, sentimientos hondos, cariños y complicidades profundas, en donde se expresa la riqueza de la relación entre dos generaciones que, cada vez más, por la mejora de la calidad de nuestra vida, están llamadas, no sólo a entenderse, sino a quererse profundamente.

Agradecemos a todos los abuelos/as y nietos/as que a lo largo de estos cinco últimos años han querido participar en nuestro Concurso. "Participar", es decir, hacernos partícipes de sus emociones y de sus riquezas. Queremos también agradecer a los profesores y profesoras que con su dedicación y su motivación han movido a sus alumnos y alumnas a entregar sus redacciones y sus dibujos. Ellas y ellos tienen una importante misión: educar la inteligencia y desarrollar el corazón de sus alumnos. Presentar nuestras excusas a quienes, por problemas de espacio, no ven publicados sus trabajos. Y desear que el Concurso "Háblame de tu abuelo/a. Háblame de tu nieto/a" siga teniendo el éxito que hasta ahora ha tenido.

D. Carlos María Martínez

Director Gerente Obra Social Caja Madrid

Este año ha tenido lugar la VIII edición del Concurso Nacional "Háblame de tu Abuelo, Háblame de tu Nieto" con el apoyo de Obra Social Caja Madrid en uno de los proyectos más entrañables y que más satisfacción personal me ha dado de todos los que hemos puesto en marcha. El Concurso Nacional "Háblame de tu Abuelo, Háblame de tu Nieto", es el primer certamen que se celebra en España, en el que participan "niños de 3 a 100" años. El concurso nació con el objetivo de estrechar los lazos familiares entre nietos y abuelos y, en vista del éxito de las sucesivas convocatorias con la participación de miles de niños y abuelos de todos los rincones de España, podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que, al menos, en varios miles de familias españolas hemos logrado reforzar ese vínculo afectivo entre abuelos y nietos. Una relación que creemos no es valorada suficientemente en una sociedad excesivamente obsesionada con la juventud y que está relegando a los abuelos al último eslabón de la familia, despojándoles del respeto y consideración que siempre han tenido a lo largo de la Historia.

Los niños no mienten y lo podréis comprobar en los trabajos que en este libro recopilatorio os presentamos. El cariño, la admiración y el respeto que sienten hacia sus mayores es sincero. La naturalidad y espontaneidad de algunos relatos os hará reír y, otras veces, se os pondrá un nudo en la garganta al leer en renglones torcidos la tristeza no disimulada de algunos pequeños que recuerdan a su abuelo ya fallecido.

Los trabajos de los abuelos derrochan un amor inigualable. Afecto, apego y necesidad pura y desinteresada de esos pequeños seres que renuevan el sentido de sus vidas, que se dejan comer a besos y que les abrazan fuerte, con ganas y sin ver esa supuesta fragilidad del paso de los años. Niños que alegran su existencia cada día, que ponen la nota de color en el mundo grisáceo que la sociedad les presenta.

A todos ellos, niños y abuelos, está dedicado este libro. Y a todos los que quieran leer el testimonio de los que aman desinteresadamente. Os invito a disfrutar de la palabra pura, -aunque a veces con faltas de ortografía-, del dibujo sincero, aunque sea un garabato multicolor...".

Ana Botella Serrano

Concejala del Área de Gobierno de Empleo y Servicios a la Ciudadanía Ayuntamiento de Madrid

Para mi es un honor participar en el primer libro que editáis sobre el Concurso "Háblame de tu abuelo/a. Háblame de tu nieto/a", que este año cumple su octava edición. No puedo dejar de mostrar mi más sincera felicitación y agradecimiento a sus organizadores, ya que este Concurso gira en torno a una gran idea, el fomento de las relaciones intergeneracionales entre las personas mayores y los miembros más jóvenes de nuestra sociedad.

Considero un gran privilegio poder ser abuelo y poder ser nieto, tener abuelos con los que compartir la vida, disfrutar de unos nietos a los que querer y enseñar a vivir. Los abuelos representan la memoria histórica, la tradición, los orígenes de nuestras familias. Sólo ellos pueden transmitirnos las historias que explican nuestras propias raíces y nos ayudan a entender por qué y cómo hemos llegado a ser quienes somos. Los abuelos ayudan a nuestros padres a cuidarnos y nos enseñan a crecer.

No hay duda de que los cambios producidos en nuestra sociedad hacen que las familias españolas recurran en mayor medida a sus mayores, a los "abuelos", y valoren especialmente su papel en la familia y por tanto, en la sociedad. Yo creo, de verdad, que es en la familia donde las personas aprendemos unas de otras, donde crecemos y aprendemos a valorarnos, donde la afectividad y el cariño adquieren su máxima expresión, donde tiene lugar la transmisión de valores entre generaciones, lo cual hace posible que las sociedades progresen sustentadas por principios sólidos. Y los abuelos son la mejor escuela familiar.

Ellos nos inculcan valores sólidos e insustituibles, como el valor de la familia, del trabajo o el de la solidaridad. Muchas veces se nos olvida que muchos abuelos han renunciado a muchas cosas por nosotros, para que tuviéramos una educación mejor y, sobre todo, para que pudiéramos disfrutar en el futuro de todo aquello de lo que ellos no pudieron disfrutar.

Los nietos, por su parte, nos ofrecen nuevas posibilidades de querer y de hacerlo de una forma distinta a la que tuvimos cuando fuimos padres. La serenidad de la experiencia nos permite querer a los nietos hasta límites que uno nunca antes imaginó. La alegría que el nieto despierta en el abuelo con su sola presencia, es algo que he tenido la oportunidad de descubrir y ello me hace sentirme más cercana a todos vosotros.

Uno siente la necesidad de transmitir gratuitamente toda la experiencia de vida, como un tesoro familiar, como un regalo para aquel que tiene todo por delante para aprender, disfrutar, jugar, sentir, soñar...

Nuestras ciudades y pueblos necesitan generaciones que sepan contar con los demás, aprendiendo unos de otros, compartiendo lo que a unos les sobra y a otros

les falta. El nieto regala sonrisas, alegría, fuerza y juventud. El abuelo devuelve experiencia, madurez, serenidad, hondura...

Gracias a todos los abuelos, abuelas, nietos y nietas que han participado en este Concurso, sus vivencias nos ayudarán a todos a recordar los años tan maravillosos que, los que hemos tenido la surte de convivir con nuestros abuelos, hemos vivido.

Categoría Abuelos 2006

PRIMER PREMIO

"Llevo tu nombre en mi corazón"

Carmen Arroyo Rodríguez

Pasé mis primeros años con la abuela, entre jaras y tomillo, brezo y aulagas y dos montañas: el Jálama y el Teso Porra, que enmarcaban mi pequeñez y me descubrieron la sensación del infinito. Era un tiempo en el que mis ojos buscaban en los suyos, cada noche, un nuevo amanecer y su nombre, Natividad, tenía la magia del viento fresco de la tarde. Nada más necesité para robarle al día una sonrisa, a las flores su dulzura, a los pájaros su dulce melodía. Viví con ella cuando mis padres emigraron en busca de pan y nos dejaron su corazón envuelto en lágrimas y la esperanza puesta en un regreso imposible por varios años.

Recuerdo la ternura de sus manos al acariciar mi rostro y su aroma de leche tibia y pan caliente. Tuvo por corazón un mar en cuya calina descansó mi afán de niña asomada a la profundidad de lo desconocido, y su cariño, fue lluvia de primavera que me hizo crecer junto a las mínimas flores silvestres cuyo nombre aprendí de su boca.

Pero luego, las circunstancias, favorables para el desahogo económico, me alejaron de su voz, de su mensaje dulce de esperanza. Y ya nunca volvimos a oír silbar el viento juntas, ni las ranas de los charcos arrullaron mis sueños, ni entonaron los pájaros su dulce canción para nosotras porque la noche del tiempo niño perdió su vestidura inocente e hizo imposible mi regreso a sus brazos, molinos de amor, fuertes como ramas de olmo, incólumes al paso del tiempo. Tenía poco más de cinco años y me llevaron lejos, a otra tierra. Y me sentí como un polluelo al que arrancan del nido. Fue generosa sin límite y, muchas veces, se quitó el pan de la boca para que a mí no me faltase.

Me enseñó a respetar la naturaleza y me legó su convencimiento personal de que por encima de todos, hay un Ser que cuida de nosotros.

Nací en un lugar de la Sierra de Gata. Puedo evocar un valle, avariento de sol y de verdores y, recostado en una ladera, mi pueblo, Acebo. Parecen sus casas las de un pequeño nacimiento navideño. En mi tierra no suele nevar, pero en la primavera el campo se cuaja de hermosas flores de azahar que lucen su blanco intenso en naranjos, limoneros y camelios. El sol juega al escondite entre el verde intenso de las hojas y la madurez de los frutos jugosos, mientras su perfume acompaña la entrada en el pueblo, igual que un anuncio amable de bienvenida.

Cada tarde mi abuela Natividad hacía encaje de bolillos. Aún recuerdo aquel sonido de pequeñas campanas que acariciaba mis oídos mientras, ensimismada,

mis ojos se perdían en sus manos que se deslizaban rápidas, arriba y abajo, a un lado y a otro de la "mojailla" y clavaban los alfileres en el lugar debido.

Me enseñó sus nombres, la "cera del reloj", el "paseo de la reina", las "margaritas"... Mis padres vendían por pueblos y ciudades encajes de Acebo y mantelerías de Lagartera que las novias llevarían en su ajuar.

En aquellos tiempos los matrimonios jóvenes buscaban el sustento lejos de la tierra en que nacieran. Yo tenía apenas dos años cuando mis padres se fueron a Castilla y me quedé con los abuelos en la casa que tenían en el campo, cerca de la finca de olivos y naranjos llamada "Los Hornillos". Allí permanecí hasta que, antes de cumplir los seis años, me llevaron a Valladolid y comencé a ir a la escuela.

Acerco los recuerdos: escucho la canción del viento que se cuela por las rendijas de puertas y ventanas, música para los oídos de una niña que jugaba entre el romero azul, el moradillo del brezo y los pétalos blancos de la jara, sin más mundo que el horizonte enmarcado por la vecindad de las montañas. La casa de labranza se alzaba junto al puerto de Perales, a nueve kilómetros del pueblo. En la recogida de la aceituna, nos ayudaban Carpio y Candelas con sus cinco hijos, una familia gitana que vivía en El Payo y que pasaba dos meses, más o menos, con nosotros, según la cantidad de fruto que hubiese en los olivos.

El eco del carromato en el que viajaban se hacía intenso entre el Teso Porra y El Jálama. Los minutos que transcurrían hasta que dejaban atrás la curva del Puerto de Perales, se me hacían eternos. Entonces yo corría cuesta arriba para dar un abrazo a los amigos que no había visto desde el año anterior y para conocer al nuevo miembro de aquella familia porque yo, a Candelas, la recuerdo con un recién nacido entre sus brazos cada año.

Ese primer día se pasaba entre juegos compartidos por los más chicos y el ajetreo de los mayores que preparaban lo necesario para su estancia entre nosotros. Luego, comenzaba la rutina diaria: madrugar y, tras el desayuno, bajar andando desde la casa hasta la finca para apañar las aceitunas, que se iban echando en un montón al aire libre hasta el momento de ser llevadas al molino. El señor Carpio era un gitano simpático y cordial. Trenzaba con tiras de madera de castaño las cestas más lindas que yo recuerdo para apañar las aceitunas. Me gustaba apañar las aceitunas y competir con sus hijos a ver quién de nosotros era el primero en llenar su cesta una y otra vez...

Se comía en la pequeña casa de piedra con techo de brezo, que mi abuelo reparaba cada año antes de que ellos llegasen, o al aire libre si el sol lucía con fuerza. Luego, la merienda de pan y zumo de naranjas con azúcar compensaba el esfuerzo de los niños, sabrosa como una golosina. Al caer la tarde regresábamos hasta el parador contentos y cansados.

La noche, después del duro trabajo, era esperada por todos. Mi abuela cocinaba una gran tortilla de patatas que parecía una rueda gigante. Su olor intenso, a cebolla, patata y huevo, llegaba al estómago por ojos y olfato antes de ser degustada. El señor Carpio, muy serio, masticaba despacio saboreando cada pedacito y todos esperábamos oír cada noche – como un ritual preciso e inevitable – las palabras que salían de su boca, siempre en el mismo orden y con el mismo tono de voz:

-"Señora Natividad - decía mirando a mí abuela - esto es gloria leré".

Aquella frase siempre encerró un misterio para mí. Luego, al crecer, comprendería que era su modo particular de darle las gracias a mi abuela y, de paso, insinuarle que las próximas tortillas también serían recibidas con el mismo agradecimiento y deleite.

Mi abuela Natividad era feliz con aquella alabanza a su forma de cocinar y, por supuesto, cada noche seguía dando gusto a todos con su especialidad olorosa y agradable al paladar. Luego, al amor de la lumbre el abuelo Antimo y el señor Carpio desgranaban sucesos de tiempos pasados hasta que llegaba el sueño.

A comienzos de cada verano los paisanos de Carpio dejaban su pueblo, El Payo, y camino de Coria para la feria de ganado, hacían un alto en el "Parador de Porora" - así se llamaba la casa de mis abuelos - y nos traían saludos y nuevas de sucesos familiares: la boda de Palmira, la hija mayor, el nacimiento de un nuevo hijo o cosas por el estilo. Y, siempre, una nueva cesta para mí, su mejor regalo.

Vuelven mis recuerdos de tiempo azul, romero y soledad compartida con la abuela. Noto la tibieza del primer rayo de sol que se cuela a través del cuarterón de la ventana que mucho tiempo antes, al levantarse, la abuela dejó entornada para que yo durmiese un rato más. Muchas veces, al abrir los ojos me encontré con su mirada abarcando mi cuerpo menudo y sediento de su ternura y de su cariño.

¿Qué sentimientos anidarían en su corazón? ¿Tal vez ya adivinaba la separación que habría de quitarle a la nieta que tanto amaba?

Comenzaba entonces un rito de amor que no he conseguido olvidar. Mi abuela me cogía a horcajadas y envuelta en su toquilla, me transportaba hasta la cocina. Al lado del fuego, encendido en el centro de la misma, un gran puchero de porcelana roja con el agua reservada para mi baño lanzaba una humareda de vapor. Con cuidado, me depositaba sobre el largo banco de madera situado cerca del fuego e iba despojándome de la ropa, En el respaldo del banco, mucho tiempo antes, ella había dispuesto la muda limpia para que estuviese tibia al ponérmela.

Una mañana, mientras el agua caía como una cascada sobre mi cuerpo, descubrí dos lágrimas que rodaban por sus mejillas.

-Abuela - le pregunté - ¿por qué lloras?

Se ruborizó al sentirse descubierta y su cara se llenó de arrebol. Casi en un susurro me contestó que no era nada, que, simplemente, un poquito de jabón le había entrado en los ojos...

Era demasiado pequeña para descubrir, en el tono de su voz, la pena que le subía en oleadas desde lo más profundo de su ser. Mi abuela ya sabía, porque mis padres se lo habían dicho, que aquel invierno sería el último invierno que pasaríamos juntas.

¿Qué sintió al saber que debería separarse de mi? Los niños olvidamos con suma facilidad, tal vez porque no somos conscientes de lo que perdemos y lo nuevo que se nos brinda reclama nuestra atención. A comienzos de Julio del 49 iba a cumplir seis años y mis padres me dijeron que iría con ellos a vivir a Valladolid. La noticia me llenó de alegría, y cada noche soñaba, con el primer rayo de sol, que se acercaba un poco más la fecha señalada. Los últimos días de aquel verano los grabé en mi corazón y quedaron entre el recuerdo indeleble de las personas que amé. Fui despidiéndome de todo lo que había sido mi vida durante aquellos años. Me llevé del ventorro de "Porora" mi pequeña "mojailla" y los "picaos" de los encajes estrechitos que mí abuela me enseñó a hacer: el "pucherito" y la "puntina del abanico". También las muñecas de trapo con los cabellos de lana y sus ojitos bordados que ella, con paciencia, me había confeccionado.

Enterré los juguetes que no pude llevarme en un rincón del establo. Tenía la certeza de que algún día regresaría a recogerlos para, de nuevo, jugar con ellos. No se cumplió aquel sueño infantil. El tiempo de la separación se prolongó por circunstancias diversas; el abuelo Antimo había fallecido y la abuela Nati era demasiado mayor para estar sola en el campo. La casa de labranza se cerró y, pasados muchos años, fue expropiada para dar paso a la construcción de la nueva carretera que hizo segura la circulación desde Ciudad Rodrigo hasta mucho más allá de Coria. Se borró todo rastro de la casa que habité de niña.

Tan sólo una pared de piedra de uno de los corrales en los que se encerraba el ganado permanece como testigo mudo de mi ayer vivido junto a mi abuela, a quien tanto quise. Ella sigue presente en mis sueños y en mis recuerdos de un tiempo en el que merendaba miel, aceitunas o naranja con pan de centeno. Me gusta volver a mi Tierra. Mi corazón se llena de calma junto a mis raíces. Me acerco al lugar donde se alzó la casa. Elevo mi voz al viento de la tarde que sopla desde el puerto. Y pronuncio, mirando las montañas que ahora reconozco pequeñitas, una y otra vez el nombre de mí abuela Natividad, con la esperanza de que me oiga y, casi en un susurro, le digo que la quiero. Y si cierro los ojos veo acercarse hacia un abrazo su figura amada que permanece dentro de mi corazón como el mejor tesoro que nadie podrá arrebatarme jamás.

PRIMER ACCÉSIT

"Escena familiar"

Ángel García Ortiz

Frente a la chimenea del salón, encima del piano, está colgado el viejo retrato familiar. Es el recuerdo vivo que guarda en sus personajes la tradición y la historia de una familia montañesa. Este retrato se cuida con mimo y delicadeza. Es eslabón de esa cadena familiar que une el pasado con el presente, los abuelos con los nietos. Sus mudos personajes suscitan las preguntas de los más pequeños y provocan el relato de los abuelos.

Desde el cálido salón de una casa solariega, situada en la loma de una colina rodeada por una pradera verde, poblada de robles, avellanos, cerezos... ; a través de una amplia galería, inundada de luz por el sol poniente, o azotada por el viento y la lluvia, puede contemplarse a lo lejos el mar bravío que se estrella en los acantilados en los días de borrasca o lame la arena fina de la pequeña playa en los días de bonanza. Por la ventana que da al mediodía, al fondo del paisaje, se levantan majestuosos los Picos de Europa como un bastión protector.

Desde su situación privilegiada, los personajes del retrato contemplan silenciosos las escenas familiares y parecen grabar los gestos y las conversaciones. Este retrato es archivo y museo, testigo fiel, cargado de recuerdos y añoranzas, de imágenes imborrables del pasado y experiencias frescas del hoy que se renace y se renueva en busca de un futuro de ilusión y de esperanza. ¡Qué contrastes entre el ayer austero, sereno y laborioso y el ritmo trepidante de la vida que arrastra en loca carrera a la gente joven de hoy!

Los actuales moradores de la casa son dos abuelos, ricos en años y en esa fina sabiduría de la experiencia que no se aprende en los libros, ni en el colegio, ni en la universidad. Raquel, María, Carlos y Sara son cuatro nietos encantadores. En sus ojos brilla la alegría y en su rostro se dibuja la sonrisa abierta y contagiosa. Algunos fines de semana los pasan en casa de los abuelos.

En las tardes de otoño y de invierno, junto a la chimenea donde el fuego consume lentamente los viejos troncos de encina, los personajes del retrato contemplan la escena y registran cada palabra, cada gesto, cada sonrisa y cada lágrima, cada sentimiento. Y ponen, en boca de los abuelos, la historia íntima de la familia para que los nietos la conozcan.

Tarde de octubre, tarde de otoño. La niebla ha envuelto en sus pliegues la montaña y ha bajado hasta el pueblo. La "tele" ha puesto un reportaje sobre Trasmiera, comarca en que se encuentra este pueblo maravilloso. El cuclillo del reloj ha salido de su secreta morada a cantar las seis. El reportaje ha terminado.

-Abuela, cuéntanos alguna historia de las gentes de este pueblo- dice Carlos entusiasmado.

-Mirad, hijos, (la abuela siempre les llama hijos) hoy quiero hablaros de esos oficios que han salido en el reportaje que acabamos de ver. Este pueblo, y toda Trasmiera, es cuna de hombres honrados, emprendedores, verdaderos artesanos, que le han dado renombre y fama a toda esta comarca incomparable de Cantabria.

Os quiero hablar de un herrero que yo conocí siendo niña. Tenía la fragua en este barrio, junto al río, entre nogales, robles y castaños. La fragua era un pequeño cobertizo, sin más luz que la que entraba por una ventana sin cristales. Esta ventana tenía una contraventana que se cerraba cuando el herrero acababa su faena. También entraba la luz y el frío por la estrecha y pesada puerta que siempre estaba abierta, invitando a pasar, a observar cómo trabajaba el herrero. En el interior, junto a la ventana, estaba el yunque sobre un tronco retorcido. A la derecha de la puerta, pegado a la pared, estaba el fuelle para avivar el fuego del fogón donde se calentaba el hierro al rojo vivo. El techo, de toscas tablas de madera y tejas, estaba renegrido por los humos. En las paredes, un panel con herramientas y toda una colección de cacharros averiados.

Miguel, el herrero, era un hombre entrado en años, bajo de estatura, con unos ojillos vivarachos que lo vigilaban todo y lo controlaban todo. Tenía una mirada serena y profunda que invitaba a la confianza y al diálogo; unas manos encallecidas y recias en las que las quemaduras habían dejado sus huellas y cicatrices. Vestía un delantal de cuero que ataba a la espalda. Usaba unas gafas oscuras que sujetaba con un cordón por detrás de su gorra agujereada por alguna que otra chispa. En otras ocasiones, colocaba las gafas sobre su frente. Sobre la oreja derecha, un grueso lapicero, y en la comisura de los labios un cigarro "de picadura", liado con destreza en una fina hoja de papel. Su buen humor, su amabilidad para la acogida, su facilidad para el diálogo, su disponibilidad para servir a todo el mundo, su laboriosidad y su honradez eran cualidades que todos los que le trataban admiraban en él. Su religiosidad profunda se hacía testimonio vivo ante su familia en el hogar y ante sus vecinos en la iglesia y en la vida cotidiana.

Muchas veces, en la fragua, le acompañaba Pilar, su mujer. Pilar era una mujer hacendosa, madre de muchos hijos, de talle menudo y gran corazón. En las arrugas de su cara se podía leer una bella historia de amor, de entrega generosa, de dura lucha por la vida para sacar adelante a los suyos; historia entretejida de alegrías y penas, de risas y lágrimas, de bonanza y tempestad. Pilar manejaba con destreza el fuelle para avivar el fuego que chisporroteaba en el fogón de la fragua. ¡Qué bien se entendían los dos! Una mirada bastaba para saber si debía acelerar o frenar el ritmo y, con un giro de cabeza, Miguel le indicaba si debía parar o arrancar de nuevo.

Aquel hierro, calentado al rojo, Miguel lo moldeaba a golpes de martillo sobre el yunque para darle forma y convertirlo en una verja, en un clavo, en una llave, en una herramienta doméstica... ¡Cuántas casonas nobles adornan sus ventanas y balcones con verjas artísticas fabricadas por este artesano irrepetible! Otras veces hacía herrajes para las abarcas, templaba el filo del hacha, arreglaba una cerradura averiada, afilaba cuchillos y tijeras, reparaba los aperos de labranza... El hierro en su fragua era como el barro en el taller del alfarero.

-¡Qué bonita historia! -interrumpió Raquel- pero, abuela, ¿cómo sabes tú todo eso?

-Mira, hija, Miguel y Pilar eran mis abuelos- respondió la abuela.

Ese retrato que veis ahí, ha contemplado sus días; sus horas felices compartiendo con sus hijos la alegría y el cariño, los gozos y los éxitos; pero también sus horas amargas padeciendo apreturas y estrecheces, sufrimientos y penas. Tras esas miradas mudas se esconden muchos secretos familiares que sólo los abuelos podemos contaros para que la historia no se interrumpa.

-Entonces... ¡también ahora estará grabando nuestra charla! -exclamó María-.

-Pues claro, hija, ese retrato sabe mucho. Pero sólo se lo cuenta a quienes, con amor, desean conocer los secretos de esta familia. Sólo hay que quedarse en silencio, con los sentidos y el corazón despiertos para contemplar y escuchar.

En ese momento, la campana de la parroquia recordaba a todo el pueblo, con sus campanadas pausadas y solemnes, que era la hora de la oración de la tarde. Era la hora del Ángelus.. Abuelos y nietos rezaron el Ángelus. Este rezo era un rito y una tradición familiar.

Cada año se reunía toda la familia en las fiestas importantes, sobre todo por Navidad. Y en esas reuniones, en este mismo salón, y delante de este retrato, se contaban sus alegrías y sus penas, recordaban con agradecimiento su pasado y comentaban con ilusión sus planes para el futuro. Por eso esta familia fue siempre una familia unida.

-Abuelo, ¿tú no nos cuentas nada? -intervino de nuevo Carlos-.

Con voz recia y pausada el abuelo les contó algunos detalles de su infancia: cómo aprendió en el maravilloso libro de la naturaleza a conocer las plantas y los árboles, los pájaros, los animales. Recordó cómo quedaron grabados en su memoria los trinos de los pájaros, los sonidos de los animales: el mugido de las vacas, el balido de las ovejas, el relincho del caballo, el ladrar de los perros, el cacareo de las gallinas... Y también el tintineo de las campanillas y de los cascabeles o el repiqueteo de los campanos, el traqueteo del carro con las ollas de leche que, al compás del trote del caballo y de los baches de la carretera, saltan y rebotan unas contra otras. También les habló del olor a tierra mojada, del olor a leña quemada en los hogares de las casas, del aroma de la hierba recién segada o de la hierba seca

en el verano... Pero sus mejores recuerdos son de aquello que aprendió en contacto con la gente buena y sencilla: amar, escuchar, observar, compartir, disculpar, jugar, rezar, competir...

-Mirad, chicos, -dijo el abuelo- lo más importante en la vida son estos valores humanos que nos hacen felices y que hacen felices a los que nos rodean. Ese retrato que nos contempla lo sabe muy bien. Él ha visto pasar por esta sala gente sencilla, almas nobles, corazones templados en la lucha y el sufrimiento, personas íntegras, honradas, felices; también otras que no lo fueron tanto. Pero de ésas es mejor olvidarse.

-Abuelo, ¿qué más artesanos hubo en el pueblo? -preguntó María-.

-Pues, hubo muchos, pero los que yo mejor recuerdo son los canteros; aquellos hombres que trabajaban la piedra para construir casas, palacios, ermitas... En este pueblo los hubo muy famosos. Salían de mañana muy temprano, en bicicleta, con la comida en una cesta que colocaban en el soporte, delante del manillar y, detrás del sillín, la herramienta. No volvían hasta la tarde, después de una larga jornada en los andamios tallando la piedra y encajándola con maestría en el hueco adecuado de la pared. Eran personas serias, trabajadores enamorados de su profesión. Gozaban de fama en toda la comarca y sus servicios eran muy solicitados.

-¿Y qué ha sido de todos esos oficios? -se interesó Raquel-.

-Hoy la fragua está cerrada. Ha sido sustituida por modernos talleres, localizados en lugares de más renombre, bien equipados (con ordenadores incluidos), y dirigidos por expertos profesionales. Los canteros fueron desapareciendo, sólo algún aficionado sigue practicando el oficio para disfrute personal. Los ganaderos han modernizado sus explotaciones acomodándolas a las exigencias de calidad y rentabilidad de los nuevos tiempos. En otro tiempo se estimulaba la producción de leche y de carne (¡cuanto más mejor!). Hoy todo está regulado por cupos que limitan la producción y sancionan a quienes se pasan del cupo asignado. La concentración parcelaria ha reagrupado los pequeños minifundios y ha hecho un reparto más racional de las fincas dotándolas de accesos y carreteras que hacen más cómoda y rentable la explotación. Algunas fincas se han plantado de eucaliptos, y otras se encuentran semiabandonadas por falta de brazos que las cultiven. Los jóvenes se van de los pueblos en busca de un trabajo menos duro y esclavo y de una vida más cómoda.

Todo esto lo dijo el abuelo con cierta pena y nostalgia. Sus ojos que brillaron de emoción, detalle que los nietos percibieron. Por eso cambiaron el tono y el tema.

-Todo eso será cierto, abuelo –dijo María- Pero hoy la gente de la ciudad busca la paz y el sosiego de los pueblos. Aquí mismo se están reconstruyendo viejas casonas abandonadas. Los establos se convierten en salones y garajes. Las paredes de piedra, recubiertas de mortero y cal, se pican y "rejuntean" para dar realce a la

piedra y a la obra de los canteros. Los antiguos corrales se transforman en zonas ajardinadas. Sobre solares abandonados, cubiertos de zarzas y ruinas, se levantan lujosos chalets con modernas instalaciones y espacios de recreo.

La observación de María encendió la esperanza y la ilusión en los rostros de los abuelos. Ellos saben que el porvenir es de las nuevas generaciones. Saben que de cómo se les eduque y de los valores que se les inculquen, dependerá en gran medida el futuro de los pueblos. Ellos guardan en su memoria un archivo de recuerdos, acontecimientos, historias, biografías... que no pasarán a la Historia con mayúscula, pero que han dejado una huella profunda de mujeres y hombres honrados, trabajadores, solidarios, íntegros. Y, en lo más recóndito de su retina, se levanta luminoso un álbum de imágenes entrañables que quieren contar a sus nietos. Aspiran a ser el eslabón invisible de esa cadena de la vida que une el pasado con el presente y el futuro, el ayer y el mañana. Los abuelos recuerdan muy bien aquello que escribió P. Bosmans: "El que tiene semillas debe sembrar. El que las guarde cuidadosamente en la mano cerrada, el que tenga miedo de perderlas, no conocerá nunca la alegría de la cosecha".

Y también aquel consejo de Kahli Gibran: "Buscad el consejo de los ancianos, pues sus ojos han visto el rostro de los años y sus oídos han escuchado las voces de la vida".

PRIMER ACCÉSIT

"Paseo matinal"

Mª Carmen Gutiérrez de la Iglesia

Mañana fresca y radiante de otoño. Por la avenida de Reina Victoria, camino del Sardinero, Juan y Carlos recorren este maravilloso paseo, un balcón por el que Santander se asoma al mar.

Juan es un abuelo jovial, hablador, cariñoso; de mirada profunda y penetrante; su rostro refleja serenidad y dulzura, sobre todo cuando está con su nieto a quien profesa un inmenso cariño y con quien pasa los mejores momentos de su vida. La serenidad, la aceptación de las limitaciones y achaques, las semillas de bondad que ha ido sembrando en los surcos que el trabajo, el dolor y el esfuerzo han abierto en su vida, se están transformando en frutos de paz y de gozo profundo.

Carlos es un niño vivaracho, inquieto, lleno de alegría y de ilusión; ojos azules, de mirada tierna, inocente y limpia; cabello rubio, ensortijado; manos nerviosas que van y vienen, que se mueven constantemente cuando habla y cuando juega, como si quisieran expresar las ganas de vivir y de gozar que bullen en su interior; sonrisa permanente y contagiosa; mente despierta, con la palabra siempre a flor de labios y preguntas que se disparan como dardos hacia un objetivo: aprender, saber, conocer cuanto se ponga a su alcance.

El abuelo Juan es para Carlos un libro abierto que guarda tesoros de sabiduría y de experiencia. Es un libro que no se ha escrito en páginas de papel ni se ha publicado en ninguna editorial; no está a la venta en las librerías. Es el libro de una larga experiencia, libro que guarda recuerdos, imágenes, sentimientos y vivencias. Libro escrito con esfuerzo, sudor y lágrimas; muchas veces con sangre de acontecimientos dolorosos; otras con sonrisas y alegrías. Porque la vida es así; se va entretejiendo con gozos y penas, con luces y sombras.

-Mira, abuelo, ¡qué barco tan grande! ¡Y qué bonito es! ¿verdad?

-Sí, Carlos. Es el ferry que viene cargado de turistas. Vienen a disfrutar de nuestro paisaje, de nuestro clima y nuestra hospitalidad. En sus bodegas trae coches, y también los equipajes, claro.

El ferry avanza majestuoso hacia la bocana del puerto. Su proa corta las aguas azules formando bucles de espuma. Al fondo, la playa del Puntal, Somo y Pedreña envueltas en la tenue bruma de la mañana y acariciadas por la brisa del nordeste. Unos veleros, con sus velas blancas desplegadas, trazan surcos en el mar en calma.

-Abuelo, ¿quién es ese señor que está ahí sentado a la sombra del roble?

-Es Gerardo Diego, poeta famoso, cantor de nuestra bahía, de nuestros ríos, de muchos rincones de Cantabria y de otras tierras. Si te acercas, podrás leer unos versos preciosos sobre la bahía.

Abuelo y nieto siguen su paseo en animada charla. Se cruzan con otras personas. De vez en cuando el abuelo saluda y se detiene unos momentos con viejos amigos mientras Carlos contempla embelesado la belleza del paisaje de mar y montaña. Las montañas que cierran el horizonte y esconden entre sus repliegues caseríos y pueblos, bosques de eucaliptos y verdes praderas. Carlos ha admirado este paisaje muchas veces, pero siempre le parece nuevo, como recién estrenado cada mañana. Goza y disfruta con la luz y el color, y con las formas caprichosas, regalo de una naturaleza exuberante. Pero goza especialmente con los comentarios del abuelo llenos de sabiduría y sensatez. Carlos sabe que el abuelo nació en uno de esos pueblos situados al sur de la bahía. Lo ha oído muchas veces, pero le encanta que se lo cuente.

-Abuelo, y cuando tú eras niño, ¿qué hacías?

-Mira, hijo. Yo me crie en un pueblo pequeño, encantador. Conservo de él los mejores recuerdos de mi infancia. Mis padres eran labradores. Teníamos vacas, gallinas, conejos, un burro, un perro... en fin, todos esos animales que suele haber en una granja. Mis padres eran dos personas maravillosas, amables, trabajadoras, honradas. Éramos tres hermanos y nos queríamos mucho, aunque algunas veces nos peleábamos por tonterías, como casi todos los hermanos. Con nosotros vivieron los abuelos maternos; los paternos vivían en otro pueblo cercano.

En el pueblo había una escuela unitaria de niños y otra de niñas. En ella aprendí muchas cosas. Teníamos un maestro excelente que nos enseñaba con mucho cariño, aunque también se enfadaba de vez en cuando y nos castigaba. Yo guardo de él muy buenos recuerdos.

La iglesia, en el centro del pueblo, era lugar de encuentro y de oración. Allí nos reuníamos los niños para jugar antes de entrar en la escuela y durante los recreos. Allí se reunían los mayores los domingos antes de la misa y comentaban sus cosas. Allí, sobre todo, aprendí a conocer a Dios, a rezar con todos y por todos, a buscar y pedir la paz. Allí me bautizaron y allí recibí la primera comunión.

-Cuéntame, abuelo, cómo era un día cualquiera en el pueblo.

-Mi padre se levantaba muy temprano, antes de amanecer. Cuando cantaba el gallo, él se levantaba. Lo primero que hacía por las mañanas era atender al ganado. Les daba la comida, y luego ordeñaba. Recuerdo perfectamente el repiqueteo de los chorros de leche en el caldero de latón. ¡Qué bien sonaba! Y cómo, al ir llenándose el caldero, se apagaba aquel sonido y se formaban burbujas de espuma blanca en la superficie cálida de la leche. Los terneros mugían reclamando el sustento, las gallinas cacareaban picoteando en el suelo del corral, el burro rebuzna-

ba, los perros ladraban... Pero no creas que siempre ladran los perros de la misma forma, ¡qué va!; unas veces se saludan unos a otros como para darse los buenos días a su manera; otras, avisaban que algún intruso o desconocido se acerca a la casa; otras, ladraban de contento porque el amo les soltaba la cadena o les mandaba ir con él al campo. El perro es el animal más fiel e inteligente de todos los animales.

Cuando yo me levantaba, ya la mayor parte del pueblo se había puesto en movimiento. Las chimeneas lanzaban columnas de humo que luego se iban achatando y formando una nube baja que flotaba sobre los tejados rojos, húmedos de rocío, y se iba extendiendo por el pequeño valle hasta que el sol comenzaba a calentar y la hacía desaparecer. Los cencerros anunciaban que las vacas salían a pastar. Todos conocíamos de quién era el ganado por el sonido de los cencerros. Los labradores picaban sus dalles tumbados de costado en el suelo, golpeando con el martillo sobre el yunque con un ritmo monótono y persistente. Luego iban a segar y, de vez en cuando, sacaban la pizarra de la colodra y afilaban el dalle con un ritmo que producía un sonido muy peculiar que nunca se ha borrado de mi memoria. Mientras tanto la madre preparaba la comida, recogía la ropa, hacía las camas, daba de comer a las gallinas y a los conejos y nos espabilaba a todos.

-Abuelo, en el pueblo ¿había muchos pájaros?

-Muchos, hijo, muchos. Y... ¡qué bien cantaban! Silbaban los mirlos, trinaba el ruiseñor y el jilguero, cantaba el verderón y el petirrojo, piaba la calandria mientras se mantenía aleteando en lo alto. Todo un concierto de trinos y gorjeos cada mañana al romper el día y cada tarde a la puesta del sol. Había también otras aves menos agradables: el cuervo que grazna, la urraca chillona, el cuco que roba los nidos del petirrojo, el milano que planea escrutando con su mirada penetrante en busca de una presa.

En primavera –añadió el abuelo- era una delicia. Todos mis amigos competíamos por ver quien aprendía más nidos. En los recreos de la escuela no hablábamos de otra cosa. No creas, Carlos, que era fácil saber dónde ponían su nido los pájaros. Cada especie tiene su secreto: el mirlo lo hace en los bardales; el jilguero en los ciruelos, perales y manzanos, muy cerca de las casas para que las urracas no se coman los huevos o los polluelos; la codorniz los pone en el suelo, en el hueco de las pisadas de las vacas casi siempre; el petirrojo y el ruiseñor en las tapias cubiertas de musgo y hiedra... ¡Qué sabia es la naturaleza! ¡Qué instinto tan maravilloso ha puesto Dios en esas pequeñas criaturas que nos alegran la vida! La naturaleza, hijo mío, es una gran enciclopedia donde, con sólo mantener alerta nuestros sentidos, podemos aprender mucho. No olvides esto nunca.

Al llegar a la Magdalena abuelo y nieto decidieron entrar en la península. El sol brillaba ya en lo alto y algunas nubes se estaban replegando hacia

Peñacabarga y las montañas del sur de la bahía. Subieron hacia el palacio atravesando el pequeño bosquecillo. Los olores a hoja seca y a brisa marina se mezclaban dando una sensación agradable y placentera. El abuelo mostró a Carlos las distintas especies de árboles dándole pistas para reconocerlas: forma de las hojas, aspecto del tronco y del ramaje, frutos...

-Mira, Carlos, a mí no me costó nada aprender a reconocer los árboles; en el pueblo había muchos, y todos los chicos los conocíamos y hablábamos con frecuencia de ellos. Además allí había mucha variedad. Había muchos frutales: higueras, nogales, castaños, cerezos, perales, manzanos, ciruelos, limoneros, ... ¡Cuánto disfruté y aprendí yo observando los árboles! ¡Cuántos beneficios nos reportan!

-Sabes, abuelo; a mí me hubiera gustado vivir en un pueblo como el tuyo.

-No te hagas ilusiones, hijo. Las cosas han cambiado mucho. Los pueblos ya no son lo que eran. En muchos aspectos han mejorado; la ciencia y el progreso han traído adelantos que hacen menos dura y penosa la vida de las gentes del campo. Hoy hay maquinaria y herramientas que ahorran esfuerzo y multiplican la eficacia. Las comunicaciones también han mejorado un montón; los medios de comunicación: prensa, radio, televisión, ordenadores, llevan la información y la cultura hasta los más apartados rincones. Pero no te dejes deslumbrar por estos aspectos positivos; los hay también negativos; se están perdiendo tradiciones y valores que eran la esencia de los pueblos: la generosidad en la ayuda a quien necesitaba, los sentimientos de solidaridad, la honradez y la sinceridad, el valor de la palabra dada, la confianza y el respeto, la religiosidad... Hoy se mide a las personas más por lo que tienen que por lo que son; se juzga más por las apariencias que por la realidad. Antes también, pero menos.

Una sombra de nostalgia cruzó por el rostro apacible del abuelo. Las gaviotas que sobrevolaban el palacio, planeando majestuosas, se llevaron la nostalgia y levantaron la esperanza. ¡Qué libres en el cielo azul! El abuelo había aprendido a espantar las sombras de la tristeza contemplando las maravillas de la naturaleza: una flor que se abre en la mañana, la ternura de un nido, el canto de los pájaros, la sinfonía de la lluvia y el viento, el parpadeo de las estrellas, los ojos de los niños...

La sirena de un barco que acababa de zarpar decía su adiós a la ciudad. Esto recordó a Juan y a Carlos que era la hora del regreso. Tomarían el autobús hasta el centro de la ciudad.

Al llegar a casa, Carlos saludó a su madre arrojándose en sus brazos y besándola con ternura.

-Mamá, ¡qué mañana tan estupenda! No sabes cuántas cosas me ha contado el abuelo y ¡qué bien lo hemos pasado los dos! ¿Ya está la comida? Traemos un apetito descomunal. ¿Cuándo llega papá? ¿Falta mucho?

Las preguntas surgían a borbotones. No dejaban tiempo para las respuestas. Una imperiosa necesidad de hacer partícipes de su alegría y felicidad a los demás no daba tregua a sus labios. Sonaron las campanas de la catedral. Era la hora de la comida. En la sobremesa, el abuelo, emocionado, habló largo rato con los padres. Carlos se había retirado a su habitación. Intentaba hacer un dibujo que reflejara aquel paseo maravilloso que había hecho con su abuelo. Cada rasgo que trazaba hacía brillar en su mente un pensamiento: ¡Qué grande es mi abuelo! Y en su corazón brotaba, como de un inmenso manantial, el amor más limpio y más grande.

SEGUNDO ACCÉSIT

"Háblame de tu nieto"

Filomena Valverde Morales

Empiezo diciendo que tengo tres nietos preciosos: Nerea de once años, Gaizka de 8 años, y June de tres años. Cada uno de ellos tiene su propia personalidad, a cual más inteligente, ¡que voy a decir yo!. Para mí son los mejores de todos los nietos del mundo.

Pero como yo entiendo que el concurso es háblame de tu nieto o nieta, lo voy a hacer encantada hablando de la vida de mi querido nieto Gaizka. Tiene ocho años, es alto, delgado, moreno y es guapísimo; esto no es pasión de abuela, de verdad que no. Como ya digo al principio es muy inteligente, estudia en el COLEGIO BERRIO OCHOA en Bilbao, está haciendo el curso 1° de primaria, trae unas notas buenísimas y por eso a mí se me cae la baba cada vez que me las enseña; me hago la ilusión que son las notas que yo nunca tuve, porque por desgracia no pude estudiar. Tenía que ayudar en casa; hasta que me casé y tuve mis hijos no lo pude hacer, sacándome el Graduado Escolar, ya que lo que más me ha gustado en esta vida es la cultura, siempre he tenido ansia de saber. Bueno, pero no voy a hablar de mí, sino de mi nieto.

A mi nieto Gaizka se le cayó un diente por Navidades, pero como las pasaba en casa de la abuela, porque los padres estaban trabajando, muy triste me dijo: "¡Abuela, ¿Crees que el ratoncito Pérez se dará cuenta de que se me ha caído el diente y, al estar durmiendo en tu casa, igual no sabe venir y me quedo sin regalo? Además no me he portado muy bien que digamos".

A lo que le contesté: "¡Cariño, el ratoncito Pérez sabe dónde están todos los niños, porque él tiene una lupa muy grande, muy grande que todo lo puede ver! "A lo que me contestó: "¿Tú crees que podrá subir aquí al piso 8°? En mi casa es el piso 4° y siempre llega, pero aquí tan alto no sé si podrá". Le contesté: "¡Pues claro que puede llegar, en sus patitas tiene unas ventosas que parece que vuela subiendo!" A lo que me contestó: "Sí, ¿y entonces dónde trae los regalos, si en las patitas tiene ventosas, cómo los coge y cómo los lleva a mi habitación?" Bueno, eso es otra cosa; como ya sabes, los regalos son casi siempre dinero, ya que todos los ratoncitos tienen su propia fábrica de hacer dinero para regalar a todos los niños del mundo, y además tienen otra fábrica de hacer juguetes". En ese momento Gaizka me miró con los ojos muy abiertos y me dijo: "¡Abuela, yo creía que sólo los Reyes Magos, Santa Claus y el Olenchero tenían esas fábricas tan enormes de hacer juguetes. y ahora me entero que también el ratoncito Pérez tiene otra, ¡pues qué bien!, así siempre tendré juguetes, no como tú, que tuviste pocos, muy pocos,

casi ninguno, según tú me has dicho cuando me cuentas cosas de tu vida, sobre todo de cuando tu eras pequeña. Abuela, es que tú tenias que haber nacido cuando yo, y así podríamos jugar siempre juntos y tendríamos las cosas que tengo yo, pero por nacer antes, mira lo que te pasó, que ni siquiera tuviste ratoncito que te trajera regalos. Pero no te preocupes, porque yo te dejo todos los míos, pero con cuidado de no rompérmelos. Anda abuela, vamos a jugar un poco antes de ir a la cama; tú estate atenta para ver si puedes ver el ratoncito Pérez, y le dices que te traiga algo para ti. Pero por si no te trae nada, yo le voy a pedir a los Reyes una muñeca Barbi para ti y además de princesa, ¿Qué te parece?" Le contesté: "Muchas gracias por el detalle".

"Abuela antes de nada quiero que me digas cómo llegan los regalos a mi habitación". Me quedé un poco pensativa y dije: "¡Ah, sí! Como ya soy mayor se me había olvidado decirte eso; bueno, cuando el ratoncito llega a las terrazas de las casas, tiene un silbato mágico que, cuando lo toca, se abren en silencio todas las puertas y ventanas y entonces un helicóptero lleno de dinero y juguetes se para en la terraza y de él, coge el ratoncito Pérez el dinero o el juguete que deja a los niños que se les ha caído el diente". Se quedó muy serio mirándome y le dije: "Bueno, ¿y ahora que más preguntas?" Y me contestó: "Pues sí, me estoy acordando que en casa de mi amiga Patricia no hay terraza y ¿Cómo se lo van a dejar a ella?" - "Pues muy fácil; por la ventana. Cuando el ratoncito Pérez toca el silbato mágico, se abren todas las puertas y ventanas; ya te lo he dicho antes". - "Pues es que como estoy tan nervioso no me había enterado".

"Bueno, abuela creo que me voy a dormir. Ya tengo ganas de que llegue mañana, para ver qué sorpresa tengo debajo de mi almohada, y tú no estés triste que lo compartiré contigo. Oye, de todo esto no le digas nada a mi hermana, porque siempre que le hablo del ratoncito Pérez se ríe de mí, y me dice que vaya un niño tonto". "No cariño, no le diré nada y tú no eres un niño tonto, pero si eres el nieto más listo del mundo, por lo menos para mí. Nos dimos un fuerte abrazo, se metió en la cama, le di un beso y cuando estaba entornando la puerta, me dijo; "¡Abuela te quiero mucho!" a lo que contesté; "¡Y yo a ti, hasta el cielo!" Me contestó seguidamente, "¡Abuela, yo a tí, hasta las estrellas. Mejor dicho hasta senda, que me ha dicho mi profesora que es lo más lejos que hay!" Me volví y le di un abrazo tan fuerte, que me dijo balbuceando: "¡Abuela, que me ahogas!" Salí de la habitación secándome las lágrimas de la alegría que sentía al tener un nieto tan encantador.

Me fuí a la salita, decidida a escribir este relato; me senté delante del ordenador, aunque no tengo ni idea de cómo funciona, pero nada de nada, me quedé fijamente mirando a la pantalla y de pronto, ¡zas! se encendió. Me restregué fuertemente los ojos, pero la pantalla seguía encendida; dentro había un coqueto ratoncito riéndose todo cuanto podía, y dirigiéndose a mí me dijo; "¡Oye abuela, vaya

charla que has tenido con tu nieto Gaizka. ¡Te habrás quedado bien a gusto, la verdad es que fantasía no te falta!" Me quedé muy seria pensando "esto no puede ser", a mí me han dicho que los ordenadores tienen un ratón, pero no que hablara. Y pensé: "esto es cosa de mi hijo que toca todo cuanto hay a su alcance, y seguro que me está gastando una broma". Qué broma ni que niño muerto. A lo que contestó el ratón: ¡Eh..., que soy yo, que estoy aquí y te estoy hablando a ti!" "¿Entonces tú no eres el ratón del ordenador?" "Qué va mujer, yo soy el ratoncito Pérez, el ratoncito de la ilusión de tantos niños como tu nieto y también de los mayores que hacen como tú, soñar con todo el que está a su lado. Anda que no me lo he pasado bien, escuchando lo que hablabas con tu nieto. Fíjate que a mí me ha sorprendido que sepas tantas cosas mías. Bueno chica, que me ha hecho mucha ilusión escuchar vuestra conversación". "Oye ratoncito ¿no estarás riéndote de mi?" - "No mujer, ni mucho menos; lo malo es que no puedo salir de aquí para darte a ti algún regalo, pero cierra los ojos que te voy a dar algo mucho mejor".

Cerré los ojos y sentí que unos brazos muy cálidos rodeaban mi cuello, apretándome con fuerza y unos besos tan dulces me dejaban la mejilla hundida como un suave cosquilleo. Abrí los ojos y era mi nieto que me estaba abrazando y besando con todas sus fuerzas, cosa que me gustó muchísimo y me dijo; "¡Abuela! ¿Has visto por aquí al ratoncito Pérez? ¡Porque ya me ha dejado mi regalo y es precioso!" "¡Ah, pues mira que bien! ¿y qué es lo que te ha traído?" "Pues mira abuela, qué ordenador portátil tan bonito y en la pantalla hay un ratón que se está riendo. Mira, como éste tiene uno mi amigo Jon, que le hace preguntas de sumar y restar, se las contesta y así hace mejor los deberes. Abuela, qué contento estoy después de haber hablado contigo y contarme tantas cosas; yo algún día, cuando sepa más, escribiré algo contando cosas guay de mi abuela y lo bien que me lo he pasado contigo".

En ese momento cogí a mi nieto, abrazándole y besándole con todas mis fuerzas, ¡qué feliz me sentía! Pero al girarme miré de nuevo al ordenador, y ví cómo el gracioso ratoncito, me hacía un gesto de complicidad con la mano, saludándome al mismo tiempo que me guiñaba pícaramente un ojo.

Categoría Nietos 2006

PRIMER PREMIO

"Alguien a quien tanto sigo queriendo"

Patricia Núñez de Aysa
Colegio Montealto de Madrid, Segundo Ciclo de Secundaria

Mi abuelo... Se llamaba Ramón Núñez Mille y era marino, como lo fue su padre antes que él. Un hombre de ideas fijas y claras. No se puede decir que fuese un abuelo de los rápidos, con mucha vitalidad. No, andaba un poco encorvado debido a los años y a veces llevaba consigo su querido bastón, que en realidad era algo parecido a un sable con su funda, pero hecha de un metal resistente.

Era especial; ojos soñadores, mirada cariñosa e intentaba tomar siempre las decisiones sabia y justamente. Le apasionaba leer libros de historia, que narrasen guerras, victorias y derrotas a poder ser o que hablasen de la antigua Grecia o de lo que en su día fue el poderoso Imperio Romano. Un hombre con cultura, sí, eso es lo que era mi abuelo.

Nació en Ferrol, donde más tarde lo haría mi padre, en el año 1923. Estudió en un colegio de frailes y vivió una infancia un poco difícil. En la guerra civil Española, mataron a su padre cuando él solo tenía mi edad actual: trece años. Su madre, viuda, al cargo de once hijos logró sacarlos adelante. Pasó el tiempo y creció física e intelectualmente.

Conoció a Conchita, ahora cariñosamente llamada abuela Nena, en Pontevedra. Mientras él trabajaba en la Escuela Naval Militar de Marín, y ella, una mujer de allí, le enamoró. Se casaron en el año 1951 y tuvieron cuatro hijos: Ramón, María, Dolores y el que ahora es mi padre: Rodrigo. Él les enseñó todo lo que sabía; a saber escuchar, a tener paciencia y a querer a la gente tal y como es, con todos sus defectos y virtudes Mi abuelo les enseñó a amar, a saber pedir perdón y transmitiéndoles su amor, les enseñó a vivir.

Sucedió en Pontevedra, en aquel edificio del que se veía, a través de sus ventanas largas y estrechas, la gran basílica de la Virgen de la Peregrina, de la que salía la bonita procesión de cada verano, la cual observábamos desde allí, a veces incluso con prismáticos, esos que él utilizó en tiempos de guerra y a los que tenía mucho aprecio.

Pues allí, en esa casa, empezaron las pruebas para la operación. El tan delgado y débil pero, como siempre, firme en su decisión, sabiendo que podría morir si no se operaba pero que también podría hacerlo en la operación. Más tarde, ya en Madrid, le ingresaron y fuimos allí a verle. A mí me pareció más bien una despedida. Pero el abuelo estaba alegre y tranquilo, sereno, contándole orgulloso a su hermano que él tenía más nietos, como disfrutando de ese momento en el que toda la familia estaba reunida y todos dedicábamos cariñosas miradas y palabras

hacia él, todos con la idea en mente de que a lo mejor al día siguiente no le volveríamos a ver, como él tal vez también sospechaba.

Pasó la noche y amaneció un día como otro cualquiera de octubre, pero para nosotros tan importante y decisivo. La operación duró unas 3 horas y cuando nos enteramos de que había salido todo bien nos invadió un inmenso alivio sabiendo que por ahora mi abuelo vivía.

Le llevaron a la unidad de cuidados intensivos después de la intervención. Yo intentaba ír a verle todos los fines de semana, a la gran sala rectangular, a su cama; la del fondo a la izquierda. Los primeros días estuvo inconsciente y sólo entraban los mayores a verle. Yo, al cabo de un tiempo le dije a mi madre: *"me gustaría entrar a verle".* Ella me contestó que me preparase, que fuera fuerte, porque él, todavía con los ojos cerrados, sumido en un sueño profundo, estaba ausente. Fue un momento... no sé como llamarlo, doloroso pero a la vez una experiencia de la que aprender, aprender a querer y a disfrutar de la compañía de los que aún siguen a tu lado, ya que, aunque no nos damos cuenta, no sabemos apreciar lo que tenemos hasta que lo perdemos, y como dice una canción: *"casi nunca lo recuperamos".*

Pues eso más o menos me pasó con el abuelo, cuando entré en esa sala toda pintada de blanco, con la bata y las zapatillas del hospital puestas me di cuenta de que tenía que aprovechar ese tiempo de vida y de compañía de mi abuelo, porque como todos sabíamos era seguro que moriría allí mismo o se recuperaría para estar junto a nosotros.

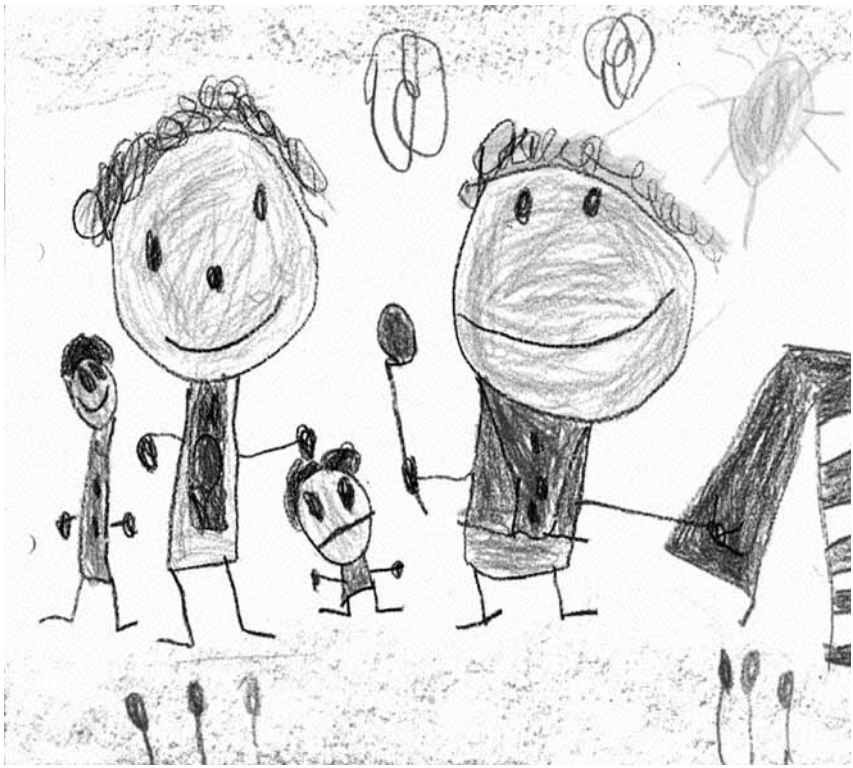
Era impresionante su fortaleza y su fuerza que todavía conservaba dentro de sí, y aunque no podía hablar después de la operación y no lo volvió a hacer desde el día aquel que le ingresaron, nos transmitía a todos sus ganas de vivir, de seguir adelante, de salir de aquel hospital en el que estuvo dos meses, sin quejarse ni una solo vez. Vivía en ese tiempo de aguante y espera sin moverse casi nada. Únicamente de la cama al sillón, dos meses enteros. Recuerdo la sonrisa pintada en sus labios, en su cara de buena persona, que me dedicaba cada vez que iba a verle, cuando ya estaba consciente, que me hacía sentirme especial, única, esa sonrisa que dedicaba también a los demás y les hacía sentir a todos lo mismo: ganas de querer a gente, de luchar y no rendirse, al igual que cuando, al cogerle de la mano, te la apretaba, según las fuerzas que tenía ese día: más o menos fuerte, pero siempre con cariño. Demostrando que seguía intentándolo.

Pero nunca se sabe lo que el destino va a decidir. Murió hace exactamente treinta y dos días. Esa operación que más tarde sentencio su suerte fue debida a una válvula del corazón que se le estaba cerrando. Ese corazón tan bueno y alegre, siempre queriendo a los demás, ese corazón, que hace tan poco tiempo dejó de latir, descansando para siempre, y no lo he dudado nunca: descansando en el cielo junto a Dios, cuidando de nosotros que tanto le queríamos y seguimos haciéndolo.

PRIMER ACCÉSIT

"El amor de mis abuelos"

Guillermo Castillo González
Colegio Ntra. Sra. del Carmen de León, Educación Infantil



SEGUNDO ACCÉSIT

"Los abuelos van a la huerta"

Arianna Alonso Alfonso
Colegio Nosa Sra. do Carmen de Calvos de Randín (Orense), Educación Infantil

PRIMER ACCÉSIT

Sin título

Andrea Martín Rodríguez
Colegio P.P. Agustinos de León, Primer Ciclo Primaria

SEGUNDO ACCÉSIT

Sin título

María García Yepes
Colegio Cruz Verde de La Rambla (Córdoba), Primer Ciclo Primaria

PRIMER ACCÉSIT

"Mis abuelos"

Félix López Fernández
Colegio Ntra. Sra. del Carmen de León, Segundo Ciclo Primaria

Todas las personas tenemos abuelos por parte de nuestros padres. Los padres de mi madre son mis abuelos maternos. Mis abuelos maternos viven en un pueblo llamado Grulleros, es un pueblo grande y bonito. En él nació mi abuelo y mi abuela nació en el pueblo de al lado.

Son los abuelos con los que mejor me llevo. Siempre que puedo voy a su casa, además me lo paso muy bien en el pueblo. Mi abuela materna se llama Milagros, es la madre de mi madre. Es rubia y está un poco gordita, tiene 65 años.

Ella y mi abuelo me cuidan cuando estoy de vacaciones ya que mi madre trabaja, también estuvimos viviendo un tiempo con ellos en su casa.

Con mi abuela voy a dar paseos por el pueblo, vamos a comprar a la tienda, la ayudo a llevar las bolsas que pesan mucho y siempre me compra alguna golosina.

Solemos hacer bizcochos, flanes y rosquillas, ¡están buenísimos!. Tiene animales como gallinas, conejos y muchos gatos, yo ayudo a darles de comer. Es muy divertido sobre todo los gatos, que van corriendo detrás de mí hasta que les doy la comida. A mi abuela el animal que más le gusta son las gallinas, a mí me presta ir a cogerles los huevos.

Muchas veces cuando llueve o hace mucho frío, que no podemos salir de casa nos ponemos a jugar a las cartas. Me ha enseñado a jugar a la brisca, al reloj, al tute y a la escoba. Yo casi siempre la gano, aunque a veces me deja ganar. También jugamos a la oca o al parchís. Yo siempre gano a mi tío, a mi tía, a mi abuela, a mi abuelo, a mi madre y a mi padre. Tiene muchas plantas por toda la casa y siem-

pre la ayudo a regarlas, a veces se enfada conmigo porque las echo mucha agua. Aunque es la abuela a la que más quiero, tiene mucho genio y alguna vez se enfada conmigo, me castiga sin jugar, sin dejarme salir de casa y sin ver la televisión.

Cuando voy de vacaciones fuera de León siempre me acuerdo de ellos y les compro algún regalo y ellos cuando van de excursiones también me traen cosas.

Mi abuelo se llama Nino, es el padre de mi madre. Es alto, moreno y delgado, tiene 63 años. Con él suelo andar en bicicleta. Vamos por las calles del pueblo, damos un paseo hasta la bodega y vemos las viñas. Tiene un tractor de color rojo y un remolque verde, azul y amarillo y voy a arar las tierras con él. También vamos a recoger hierba del campo y vamos a excavar en un huerto que tiene al lado de la carretera. Tenía un burro que se llamaba Felipe, yo me montaba encima de él y le llevaba a estacar pero un día se murió. Cuando vivía en Grulleros me iba a buscar al colegio y siempre íbamos a tomar un mosto al bar del pueblo.

Mi abuelo Nino siempre juega conmigo cuando me aburro y no tengo a nadie con quien jugar.

Solemos jugar al balón en el huerto que hay detrás de casa. Yo siempre me pongo de portero porque mi abuelo no quiere ponerse nunca pero no me mete ningún gol.

Mi abuela paterna se llama Araceli. Es la madre de mi padre y no tengo abuelo, porque su marido murió cuando aún yo no había nacido. A veces me suele hablar de cómo era y me enseña fotos. Mi abuela y mi padre viven en León.

Mi abuela es rubia, fuerte, pequeña y un poco gorda. De mis abuelos es la que más edad tiene. Con ella paso mucho menos tiempo porque solo voy algunos fines de semana, pero también me quiere mucho. Cuando voy a su casa me trata muy bien y siempre me prepara la comida que más me gusta y solemos hacer postres. A ella también la ayudo en todo lo que puedo. Me manda ir a comprar el pan y a

cogerle el tele programa. Suelo ir con ella a comprar a la plaza los sábados la ayudo a traer las bolsas de la compra, y los domingos vamos a dar una vuelta por el rastro. Por mi cumpleaños me prepara una gran fiesta en su casa, invita a mis tíos y primos, me hace una cuelga y nos lo pasamos muy bien. Cuando hace buen tiempo suele preparar comida para todos y nos vamos fuera de León, donde haya un río, o unas piscinas.

SEGUNDO ACCÉSIT

"Mis abuelos son los mejores"

Armanda Calvaño Ginestal
Colegio Ntra. Sra. del Carmen de León, Segundo Ciclo Primaria

Los abuelos son personajes muy importantes para nosotros los niños. Yo sólo tengo tres, dos abuelas y un abuelo. ¡Ah! y la más importante, una bisabuela que me quiere mucho, aunque la pobrecita ha perdido un poquito la cabeza.

Mis abuelos cada uno es diferente, pero los tres tienen cosas buenas que me ayudan a aprender.

Mi abuelita Patria es la mamá de mi papá. Es una señora maravillosa, vive en una isla muy bonita que se llama República Dominicana. Es una gozada, porque siempre hace calor y está rodeada de mar, ¡con lo que a mí me gusta!

A la abuela Patria no la veo tanto como a mí me gustaría, porque está muy lejos, imagínate, hay que atravesar el Océano Atlántico, así es que sólo la veo una vez cada uno o dos años, pero cuando estoy con ella procuro aprovecharme todo lo que puedo. Ella me quiere muchísimo y siempre intenta que me sienta muy feliz.

Me cuenta historias de Santo Domingo, que yo no entiendo mucho, pero que son muy divertidas. Claro, las cosas son tan diferentes al otro lado del mar...

También me cuenta muchas cosas de mi abuelito Cirilo, que tuvo un accidente y Dios quiso llevárselo al cielo. Yo no lo conocí, pero estoy segura que desde arriba él me mima y me cuida. Además, con todo lo que me ha contado mi abuelita, yo casi le conozco como a ella.

Él medía tierras, era topógrafo, y como allí la gente es muy pobre, no le podían pagar con dinero pero siempre le regalaban cosas. La gente le quería mucho porque siempre estaba dispuesto a ayudar.

Aunque no lo conociera, gracias a mi abuela y a mi papá también lo quiero mucho y siempre, siempre tengo un deseo bonito para él.

Mis otros dos abuelos viven en Madrid, a ellos si les veo muy a menudo, pero no tanto como quisiera.

Mi abuela se llama Mª Carmen, y mi abuelo Pedro.

Mi abuela me quiere con locura. Imaginaros, fui la primera nieta, niña y todo eso... Mi abuela Mª Carmen me cuidó mucho cuando yo era un bebé, me hacía muchas cositas corno patucos, chaquetas... porque le gusta mucho hacer punto y cuando tiene un ratillo pues lo dedica a tejer.

También jugaba mucho conmigo y me leía cuentos, bueno y me lee, porque ella no se da cuenta de que yo crezco y me hago mayor. Pero a mí no me impor-

ta, por el contrario me encanta, me siento importante, además como tengo hermanitos pequeños pues a veces me siento solita y triste y ella siempre, siempre me alegra la vida.

A mí me gustaría que viviera cerquita de León para poder estar con ella más tiempo, pero ya se sabe que las cosas no son como uno quiere, sino como vienen, pero realmente me gustaría tanto estar más tiempo a su lado...

Y ahora le toca el turno a mi abuelo Pedro, que puedo contar de él... Siempre está de buen humor conmigo.

Hace bolsos, es **¿marroquinero?** o algo así, dibuja los bolsos, hace los patrones, los corta, los cose... Cuando yo estoy en Madrid voy a su taller y allí tiene toditos los bolsos para llevar a una tienda donde los compran mujeres muy importantes, pero a él le da igual quien los compre, porque a él le gusta hacer lo que hace.

Cuando vamos a Canencia, un pueblecito pequeño de la Sierra de Madrid donde mis papás tienen una clínica, mi abuelo se lleva el caballete de pintura, porque también es dibujante, y me enseña técnicas de pintura y caminamos mucho buscando paisajes y todo eso.

Mi abuelo también toca la guitarra, y muy bien. Me enseña algunos acordes, pero cuando la toca el solito, me traslado a otros sitios y me quedo embobada mirándole los dedos pensando lo difícil que es sacar sonidos tan lindos de 6 minúsculas cuerdas.

Mi mamá me ha contado que cuando eran pequeñas ella y mi tía, el abuelo las despertaba par ir al colegio tocando la guitarra. ¡Cómo me gustaría a mí que me despertaran con música y no con el estridente ruido de la persiana!

Cuando vamos caminando por el campo, me enseña lo que son los "cardillos", que son como cardos aplastaditos que se pelan y se cocinan y se comen y según él dice que están buenísimos. También me enseña algunas plantas y animales, porque mi abuelo no le tiene miedo a nada, ¡es increíble!

Cuando estoy en Madrid, en su casa, me enseña a hacer tortilla de patatas o "gachas" (que no sé muy bien lo que son, pero él me enseña) y la abuela, a coser y bordar y yo a ellos les enseño a jugar.

Bueno, ya conocéis un poquito como son mis abuelos, unos lejos y otros cerca, a unos veo más a otros menos, pero lo más importante es que son míos y YO los quiero con toda mi alma.

PRIMER ACCÉSIT

"Mi abuela y yo"

Julio López Gantes
Colegio Hijas de Jesús de La Coruña, Tercer Ciclo Primaria

Mi abuela (desgraciadamente la única que me queda) se llama Marina, y para ser una señora mayor es muy marchosa y... ¡hasta tiene novio! Según toda mi familia, cuando yo era pequeño ella jugaba conmigo al escondite y a la pilla. ¡Menudo ritmo llevaba!

En muchas ocasiones ha sido ella la que se ha quedado conmigo, cuando mis padres no están, porque se han ido a cenar o a trabajar.

Recuerdo que en una ocasión, cuando yo tenía cuatro años, ella se había quedado a dormir y, en el momento más inoportuno, le entregué mi chupete y le dije:

- Ya no sabe.

Ella (que estaba fregando los platos) se quedó paralizada, con un plato en la mano, aunque no tardó en mostrar una mueca de alegría y, cogiendo el chupete, lo metió en una bolsa. Yo le pregunté que por que no lo tiraba, y ella me contestó:

- No lo tiro por si cambias de idea.

La sorprendí aun más cuando, a la mañana siguiente, no se lo pedí ni a ella ni a mi madre. A los cuatro años también dejé otra de mis aficiones de niño pequeño, bailar y cantar con mí abuela. Nuestras canciones preferidas eran las de folclore y, sin duda, el baile que más bailábamos eran las sevillanas.

Hoy en día ella sigue cantando a todas horas y, además, casi nunca falta a misa y a reuniones de la tercera edad donde bailan con sus respectivas parejas, juegan a las cartas, programan viajes.... Hace pocos días regresó de Tenerife; vino encantada y, ante todo muy morena. Me contó todo lo que había visto; subió al Teide pero lo único que no le gustó fue el paisaje, pues decía que todo parecía un desierto. ¡Está claro que le gusta más el paisaje de aquí! Porque de éste nunca tuvo queja alguna.

En general las fiestas con mi abuela suelen ser bastante divertidas:

- En Carnaval me hace filloas (a diferencia de mi madre que me hace orejas), que por cierto les salen muy buenas. Además el domingo de Carnaval viene a comer a mi casa, ése es el momento de probar sus excelentísimas filloas y evaluarlas según como le hayan salido ese año.
- En Nochebuena, se disfraza de Papá Noel para darle una sorpresa a mi primo Marco, que es pequeño y por mucho que le tire de la barba o se frote los ojos no la va a reconocer. Con esto queda demostrado que también podría ser una gran actriz.

- El día de Reyes, vamos a comer toda la familia. Este año, mi primo y yo la interrogamos para saber donde guardaba nuestros regalos. Ella se calló la boca y nos hizo esperar hasta el último momento. Mi regalo lo había escondido en el saco de un Papá Noel, donde pocas veces se me ocurriría mirar.
- El día de mí cumpleaños todos comemos en mi casa. Y, como todos los que estaban, me felicitó. Incluso recuerdo que cuando yo era pequeño ella jugaba conmigo y con mis amigos a diversos juegos que salían de nuestra imaginación e incluso de la de ella.

Aunque sea muy marchosa y casi siempre que estás con ella te lo pasas bien, ella también puede llegar a ser muy seria, y me ha acompañado a mí y a mi familia en momentos de tristeza y, a veces, incluso de soledad:

- El dieciocho de Enero, se cumplen dos años desde el fallecimiento de mí otra abuela. Mi abuela Marina estuvo allí en la misa, después mis padres, mi familia paterna y yo nos fuimos a comer. A pesar de la insistencia de todos para que nos acompañara, la abuela no quiso, y además se fue caminando a su casa diciendo "que no" a las ofertas de mi padre para llevarla en coche. No quería que la llevásemos porque ella decía que nos retrasaría y que por su culpa llegaríamos tarde. De hecho llegamos los primeros, y tuvimos que esperar mucho tiempo por el resto de la familia, pues no encontraban el restaurante.

Al igual que otros nietos con sus abuelas, yo guardo en mi memoria conversaciones que, aunque parezcan una tontería, no se me han borrado de la mente, desde algunas que han sido en un momento inesperado o inoportuno hasta conversaciones importantes de verdad. Algunas de ellas son:

- Una noche, cuando ya estábamos a punto de dormirnos, le pregunté:

- Abuela, ¿por qué en el colegio se meten conmigo por mi forma de hablar? (no pronunciaba la r).

- Tu no les hagas caso, por que algún día pronunciarás mejor que ellos.

- Si, ya verán lo que se siente si en algún momento yo me burlo de ellos.

- No, porque ellos lo hayan hecho no significa que tu también lo debas hacer, aunque te hiera el orgullo; de este modo serás buena persona, y eso es lo que de verdad importa. No te burles de los defectos de los demás pues de lo contrario algún día serás tú el que se dará cuenta de que lo has hecho mal, y... a ti no te gustaría ser como ellos ¿verdad?

- No abuela.

Un fin de semana mi primo Fran y yo, nos quedamos con ella; mi primo empezó a presumir de sus juguetes, cosa que suele hacer muy a menudo, y entonces la abuela le dio una lección de humildad, diciéndole que era muy importante compartir los juguetes y nunca presumir de los que se tienen.

Desde aquella vez, me sentí respaldado por alguien que me comprendía y parecía que sabía lo que pensaba.

Yo no he conocido a mis abuelos (varones) pero he tenido la gran suerte de haberme sentido querido y protegido por dos abuelas a las que quiero y respeto.

SEGUNDO ACCÉSIT

"Mis abuelas"

Mª del Mar Lenguasco Padilla
Colegio Stella Maris de Almería, Tercer Ciclo Primaria

Hace algunos años yo era la persona más rica del mundo, aunque perdí una parte importante de mi fortuna cuando mis abuelos se marcharon para no volver nunca. No existen en el mundo palabras si tuviera que contar todo lo que con ellos viví. Eran Balo y Paco.

Pero como era inmensamente rica aún me quedan dos tesoros.

A mucha gente le gustaría poseerlos pero eso es como al que le toca la lotería. Esos tesoros tienen nombre propio: Maruja y Ana.

Ellas son las que están ahí cuando las necesito, las que hacen de padres cuando no están, las que se quedan conmigo y mis hermanos cuando nos ponemos enfermos y las que nos hacen comidas de abuela de esas que las madres de ahora no saben hacer.

Además de darme los cuidados que necesito me dan los caprichos que quiero. A veces de su cuenta me dan cosas de más, Quizá para halagarme aunque yo lo considero innecesario, pues todo eso me sobra para quererlas.

Mi relación con ellas es sensacional, aunque a veces me da rabia cuando discutimos por algo y tienen razón.

A mí me gusta llamarlas abuelitas porque es mas cariñoso que abuela.

Ellas ya se están poniendo mayores y es el momento de que yo empiece a ayudarlas. En estos días todos nos sentimos especialmente tristes, aunque a la vez contentos pues mi bisabuela esta preparándose para dejamos. También se lleva un gran tesoro: su larga vida y su gran familia y mi alma porque yo la he querido mucho.

A una de mis abuelas la describiría con esta poesía:

Mi abuela tiene picores
Mi abuela tiene picores
¡No creáis que son ardores!
Esto se repite noche tras noche
Y no porque se acueste hecha un fantoche
Mi abuela le dice a mi hermana:
"Ven y dame un masaje en la espalda"
Pero si no se le quita dice:
"¡Traedme el trombocid
que me voy a echar por aquí!"

A la otra, con ésta:

El sábado y la plancha
Terca que terca
se empeña en planchar
la ropa de mi madre
y de todos los demás.
Somos cinco hermanos,
madre, padre y perro.
Mi madre le regaña
pero ella sigue en su empeño.

PRIMER ACCÉSIT

"Mi persona mayor favorita"

Sandra Peralta
Colegio San Agustín de Calahorra (La Rioja), Primer Ciclo Secundaria

Los abuelos son las personas más maravillosas del mundo. Son personas mayores que han pasado por mucho y siempre te cuentan sus batallitas de cuando eran jóvenes. Los abuelos, al menos para mí, son mis segundos padres; bueno mucho más que mis padres. Algunas veces creo yo que los tratamos como esos viejos inútiles que no sirven para nada , pero detrás de su fachada antigua, hay un corazón que les duele mucho al oír esas palabras.

Por un momento pongámonos en su lugar una persona que haya estado toda su vida trabajando y sacando adelante a su familia, para que luego cuando vengan sus nietos, unos críos sin cerebro, que le renieguen y le molesten...

¿Por qué hacemos todo esto?

Yo creo que es porque te dan tantos y tantos consejos que nos vemos demasiado arropados, y nos hacen sentir como si tuviéramos tres años, y por eso nosotros estamos a la defensiva.

Otro asunto que me impresiona, es que en la tele los políticos están siempre hablando de subirles la paga a los que cobran menos pero... no lo cumplen.

Existe el día del padre, de la madre, ¿Pero por qué no existe el día del abuelo? No por el tema de los regalos ni nada, sino para que vean que también se acuerdan de ellos. Ese día se verían súper contentos, porque sus hijos y nietos (familia al completo), los felicitarían; sería tan bonito. Bueno también están esos abuelos que se pasan todo el día en el médico y llegan a su cita una hora antes; yo creo que van para que alguien les haga caso porque en su casa pasan de ellos.

Tampoco me parece correcta la definición de abuelo de la Real Academia Española: Persona vieja, esto no está bien expresado, porque aparte de que hay abuelos muy jóvenes, a ninguno le gusta que le llamen así, quedaría mejor, a mi humilde entender, decir: Persona con años de experiencia, que ha luchado toda su vida por sacar adelante a su familia. Ahora hablando en particular; mi relación con mi abuelo podríamos llamarla buena, aunque a veces discutimos bastante. Pero no tiene nada que ver de cómo me llevaba con mi abuela; le contaba todo, las cosas buenas y las malas, incluso más que a mi madre, porque mi abuela era alguien muy especial para mí; la que me había criado (pues mí madre trabaja), y me daba grandes y sabios consejos. ¡Cómo la hecho de menos! Mi abuelo también me da consejos, pero como es más refunfuñón, siempre termino diciendo:

- "No seas antiguo abuelo, que los tiempos han cambiado", quizás, exceso de confianza.

El otro día estaba en el sofá, junto a mi abuelo, pensando en la redacción, y tuve la idea de preguntarle, para saber su opinión.

- Abuelo, ¿Qué es para ti la edad?.

Y él, pensándolo sosegadamente, me respondió:

- Para mí la edad no es el paso de los años, sino "el peso de los años"; que te van cayendo día tras día, como una losa en tu espalda, y desde que murió la abuela es un devenir de días, cargados de esperanza en que llegue otro; pero sobre todo de nostalgia. No quiero pensarlo, ni dar pena, porque es así la vida y hemos de aceptarlo. Y sobre todo llevarlo lo mejor posible, porque entonces no sería una carga, sino una gran carga, difícil de llevar a cuestas.

Comprendí, con estas palabras, que mi abuelo no iba a superar nunca la muerte de mi abuela. Claro, tiene que ser muy difícil para una persona tan mayor, y después de haber estado unido a una persona tantos años, toda una vida (pues ya celebraron sus bodas de oro), quedarse sin ese apoyo del uno con el otro. Aunque por otra parte, creo yo que tiene muy asumido el tema de la muerte, siempre te dice que no le asusta, que nacemos para eso y que nos enseñan a nacer pero no a morir, y recuerda a los monjes cartujos de Burgos, que tienen prohibido hablar, pero cuando se encuentran unos y otros a su paso dicen: 'Morir tenemos", y el otro le contesta, "Ya lo sabemos".

Pero mi abuelo no siempre está triste, a veces está divertido, otras me reniega, y cuando discutimos, pienso que lo hace porque está aburrido, pero en el fondo, como es mi abuelo, lo aguanto como él también me aguanta muchas cosas, y me cae bien.

En cuanto a tenacidad, es un ejemplo a seguir porque con 86 años se ha puesto a estudiar solfeo y acordeón, va los viernes a la escuela de música, y se lo pasa genial. Me da mucha risa porque siempre viene diciendo que el profesor le dice que aprende muy deprisa, que no se hubiera imaginado que lo iba a hacer también; creo que serán cumplidos piadosos, aunque a él no se lo puedes decir. Así que no quiero oír nunca la palabra de "soy mayor para aprender" o hacer alguna cosa, porque con entusiasmo y buena voluntad, me he dado cuenta gracias a mi abuelo, que todo se consigue.

Particularmente también tengo que hacer especial distinción, y yo como nieta que no me digan lo contrario porque así es mi manera de pensar, con los abuelos que estás, por así decir, todo el día con ellos; a aquellos que tienes en otra ciudad diferente, no es que digas que los quieres más o menos, pero no es igual. Como el refranero español es muy sabio, se dice que en el roce está el cariño, y con los abuelos que más estamos tenemos más confianza, sin dejar de respetar ni querer

a los de fuera, porque igualmente se desviven porque estés a gusto con ellos y no te falte de nada. Incluso me da la impresión de que ponen todavía, si cabe, más empeño en ganar tu cariño puesto que sólo te ven algunos días al mes. En algunos idiomas, como francés o inglés, honran a los abuelos llamándoles grandes padres y grandes madres, y llevan toda la razón. A veces, cuando veo a los abuelos por la calle con sus bastones arrastrando las piernas o medio agachados, no puedo evitar el sentimiento de pena; pero pienso ¿Cómo se sentirán ellos? Yo me sentiría inservible y muy triste, y no entiendo como tienen la vejez tan asumida. Me parece casi imposible, pero la verdad es ¿Qué van a hacer ellos contra algo que no se puede evitar? No les serviría de nada amargarse, y pienso que en su fuero interno dirán: ¡Hay que vivir la vida!

Y cuando estamos enfermos o hace mal tiempo para salir a la calle, ¿con quién nos entretenemos, jugando a las cartas o al parchís? Con los sufridos abuelos, que aún haciéndoles trampas, hacen como que no se dan cuenta.

Otra cosa que encanta a los abuelos es contar las historias de su vida, pero siempre añaden algo más de lo pasado, para hacerlo más interesante. Y si por casualidad, en ese momento les comentamos que no nos interesan sus historias, que son lejanas y aburridas, se sienten mal. Por eso hay que soportar sus anécdotas, porque nosotros vamos a llegar, si Dios quiere, a esa edad y nos gustará que nuestros nietos nos escuchen y aprendan de nuestras vivencias, y seguro que lo que hagamos, en un futuro nos harán.

Algo que me hace muchísima gracia, con simpatía, y que no puedo dejar de comentarlo, es la pronunciación de las palabras nuevas y sobre todo extranjeras, como pub o pizza, que las pronuncian tal como se escriben o de una forma rarísima.

Cuando te portas mal o te burlas de ellos, no te das cuenta del daño que les haces, y a veces cuando quieres darte cuenta ya es demasiado tarde. De todo ello aunque suene a lo de siempre he aprendido algo y sobre todo he sacado una conclusión, pero de verdad, y es que tenemos que aprender a escuchar a nuestros mayores y respetarlos, porque después de todo son la base de que hoy estemos aquí escribiendo sobre ellos.

SEGUNDO ACCÉSIT

"Mi abuelo"

Natalia Rodríguez Vicente
Colegio Santa Isabel de Salamanca, Primer Ciclo Secundaria

Con paso lento y siempre acompañado de su inseparable bastón color caoba, con la empuñadura representando una cabeza de caballo andaluz, va recorriendo el mismo camino cada mañana del mes de mayo.

Los rayos de sol ya van teniendo fuerza y hacen que la naturaleza se despierte del largo invierno castellano. Los árboles comienzan a cubrirse de flores y el color verde va tapizando las laderas de las montañas y los senderos que hasta hace poco estaban secos y endurecidos por el hielo y frío invernal.

De vez en cuando se detiene y vuelve la vista atrás, como midiendo el camino que ha recorrido. No tiene prisa para llegar a ninguna parte; solo quiere sentir el tibio calor de los rayos de sol en su cara y en sus manos, arrugadas por el paso del tiempo y endurecidas por el trabajo de tantos años labrando la tierra y arrancando sus frutos para poder sobrevivir. Al llegar al sendero que lleva hacia el rio, continua con su paso lento y cansado hasta alcanzar el banco que hay bajo el sauce que extiende sus ramas casi hasta el suelo.

Como cada mañana, mi abuelo se sienta allí mirando hacia el río, apoyado en su bastón color caoba y empuñadura de cabeza de caballo andaluz. Sus ojos cansados se pierden en el cauce de ese río que ha sido compañero suyo durante toda la vida, y sin querer, vienen a su memoria recuerdos e imágenes de su infancia, de su juventud, de cuando conoció a la que fue su compañera durante muchos años: mi abuela. De los duros años en los que la enfermedad atrapó a la persona que tanto había querido y que al final le abandonó, prometiéndose que se verían en la otra vida, algún día…. También recuerda el llanto y las risas de sus cinco hijos en aquella casa del pueblo, donde las habitaciones de los animales estaban muy cerca de las habitaciones donde habitaba toda la familia.

Su mirada continua fija y perdida en las ondas que forma el agua del río al chocar con los juncos y las ramas de los árboles. Ahora todo es muy distinto, el abuelo llegó a la ciudad después de que sus hijos le convenciesen de que no podía continuar viviendo solo en el pueblo. Las casas son mas pequeñas, casi no hay sitio para los que viven en ellas y siempre hay ruidos de los vecinos que hay arriba, abajo y a los lados, pero el es paciente y sabe que aquello lo hacen por "su bien".

Con un gesto aprendido levanta la cabeza y comprueba que el sol a recorrido ya un buen trecho de cielo y por las sombras que derraman los árboles sobre el suelo sabe que tiene que regresar a casa donde le esperan para comer. No debe

demorarse por que allí todo es puntual y no puede ser él quien rompa las reglas impuestas. El no necesita reloj para saber que hora es, posee esa sabiduría que le transmitió su padre y al igual que en otras muchas ocasiones nunca le había fallado. No obstante, mete sus dedos en el bolsillo de su chaleco y saca el antiguo reloj de cadena, lo abre para comprobar que efectivamente es la hora de regresar. En la tapa que cubre la esfera del reloj se puede ver la imagen de una mujer, mi abuela.

En el camino sigue recordando. Recuerda los tiempos felices, tan agradables en los que la familia estaba siempre unida, aunque en un pueblo humilde y con muchas necesidades. Para él, todo esto ya ha acabado, nunca más volverá la familia unida tanto tiempo, ahora está solo casi todo el tiempo, todas las largas tardes de mayo, esas tardes en las que siempre dan ganas de dar un largo y tranquilo paseo.

Mi abuelo va caminando pausadamente por la sombría calle de la ciudad, abarrotada de gente. Gente nerviosa que va y viene de derecha a izquierda o de arriba abajo. Mientras tanto, él sigue andando tranquilo y se dirige a la plaza mayor para, después, llegar a otra calle donde se encuentra su meta: la casa del hijo mayor. Ahora le resulta muy extraño andar por las estrechas calles repletas de gente. Antes en el pueblo todo era muy franco y sencillo; los habitantes más numerosos eran los gatos y perros errantes y solitarios en los caminos, aceras y parques, hasta que a veces también se metían en las calles como queriendo saquear. Sin embargo, solo quieren sustraer un poco de comida porque sus diminutos estómagos gritan a voces que la necesitan para vencer al hambre.

Ya ha cruzado la plaza y va por la playa larga. Va llegando a casa y pasa por un bar en el que huele a café y tostadas todo el día.

Se detiene en la puerta numero 16. Saca del bolsillo derecho unas llaves que casi caen de sus manos debido a que le tiemblan mucho por sus enfermedades. Hay que tener paciencia con él, lo comprendo. El para comer y hacer otras cosas tiene que tomarse su tiempo, por su avanzada edad. Con mucha dificultad, saca la llave azul triangular y empieza a subir con un sereno movimiento casi mecánico de sus pies siguiendo el mismo ritmo (un pie, otro pies, un pie, otro pie) hasta llegar a la planta 4ª en la que tiene que sacar nuevamente las llaves; esta vez tiene que abrir con la grisácea llave circular, le vuelve a costar, debido al tembloroso y torpe movimiento de sus manos. Abre la puerta, y un dulce aroma a ambientador olor a pino le hace recordar el olor a manzanilla que se extendía en su pueblo por todas partes, cuando estaba con su mujer. Ella le preparaba cada mediodía una infusión de manzanilla con anís.

La casa está solitaria, casi a oscuras. Mi abuelo se sienta en el sillón; ahora recuerda cuando era jóven y se sentaba en el poyo acompañado de sus hijos y les preguntaba como les había ido el día y así se les iba la tarde.

Entre recuerdo y recuerdo, se le pasó media hora y la familia vuelve a casa: primero la madre con sus hijos que saluda a su padre, al igual que los niños y después llega su marido, que también pregunta como le había ido el paseo, y él responde: Tranquilo, como siempre recordando.

Los niños, en lo que su madre prepara la comida, ven la televisión una serie y los recuerdos vuelven a inundar la cabeza del anciano: recuerda cuando era joven y se compró su primera televisión, en blanco y negro por supuesto, y veía las noticias junto a su mujer.

Ya es hora de comer. La madre hace pasar al anciano y a los niños, mientras su marido ya está en la mesa, la mujer se sienta y anima a su padre a bendecir la mesa.

Acto seguido comen y después el abuelo se dirige de nuevo al salón, y como le estaba entrando mucho sueño, prefiere echarse un rato la siesta.

Cuando despierta se encuentra solitario y la casa esta sombría. El abuelo ya no sabe qué hacer, así que se sienta en el anticuado escritorio de su morada y empieza a hacer un poema de las memorias que hoy han venido a su mente.

Al cabo de un rato, el abuelo vuelve a encontrarse con los niños y con su hija, esta vez, su marido no vendrá hasta la noche y se va a dar otro paseo con sus nietos. Va al parque, pasan el resto de la tarde y cuando vuelven los niños saludan a su madre y a su padre recién llegado. Cenan y después de eso el abuelo vuelve a la cama donde se le cierran los ojos muy poco a poco, y posteriormente sueña que vuelve a ser joven y se sumerge en un mundo irreal y ficticio, pero que refleja algo muy real: el paso del tiempo.

PRIMER ACCÉSIT

"Una carta directa al cielo"

Blanca de la Cruz Rodríguez
Colegio Montealto de Madrid, Segundo Ciclo Secundaria

Querida abuela:

Hace tres años que te fuiste, y desde entonces han pasado muchas cosas.

A mamá, al abuelo y al tío les costó mucho hacerse a la idea de que te habías ido y creo que todavía no lo han superado. Nosotros, en cambio, ya nos vamos haciendo a la idea.

Todavía recuerdo aquel veinticinco de junio del 2002 con una terrible tristeza, cuando llegó mamá llorando, vestida de negro, cogida de papá y nos dijo esas palabras que nunca olvidaré: "Niñas, ya no se puede hacer nada más por la abuela. Está en el Cielo, así que, ahora, sólo podemos rezar".

Lucía y yo asistimos al funeral y cuando el sacerdote nos pidió que le dijésemos lo primero que se nos venía a la mente cuando pensábamos en tí, las dos pensamos en lo mismo y te definimos como una persona alegre, cariñosa, fuerte y valiente. No se nos olvidó mencionar tus deliciosas comidas y los valores cristianos que nos habías inculcado.

Los días fueron pasando y, tal y como tu querías, se celebraron en tu nombre las treinta Misas Gregorianas a las que asistimos todos, día tras día.

Llegó el verano y, como siempre, nos fuimos con el abuelo a Navaluenga, pero no fue igual. Faltabas tú, al igual que en Navidad. Como mamá no quería pasarlas en casa, por que todo le recordaba a tí, nos fuimos a Sevilla y ahí pasamos Nochebuena y Navidad. Te echamos mucho de menos en la Comunión de Gonzalo y al año siguiente, en la de Álvaro. Tampoco estabas en los cumpleaños y en las comidas familiares.

Así han ido trascurriendo los meses y los años, hasta hoy, seis de enero del 2006.

Todos hemos crecido mucho: Lucía, dentro de un mes va a cumplir dieciséis años; yo, ya tengo catorce; Gonzalo, once; Álvaro, diez; Javier este año hace la Primera Comunión, así que tiene ocho y Teresa, siete recién cumplidos. A Lucía solo le quedan dos años para terminar el Colegio y ya tiene pensado lo que quiere estudiar: Psicología. Yo ya sabes como soy. Todavía no tengo pensado nada.

Gonzalo, Álvaro, Javier y yo pertenecemos ahora a un grupo Scout de la Parroquia de Nuestra Señora de Covadonga, donde se refuerzan las enseñanzas en

los valores cristianos, y estoy segura de que serías feliz viéndonos en las promesas, actuaciones y en las otras actividades. Tu que, con 70 años, estabas estudiando Teología, en tu afán por aprender siempre algo.

Quiero que sepas que ahora estoy muy disgustada, pues dentro de poco nos vamos a cambiar de casa y yo no quiero. Y ¿sabes por qué no quiero ? Porque en ésta están todos nuestros recuerdos: el nacimiento de Javier, las Primeras Comuniones de Lucía, Álvaro y la mía, las primeras Navidades de Javier y de Teresa y, sobre todo, las últimas contigo. Por eso yo no me quiero ir, porque ésta fue la última casa en la que estuviste.

Tengo que pedirte perdón por una cosa: nunca he ido a verte. Mamá me ha preguntado muchas veces si quería ir con ella, pero no me he sentido capaz y sé que debería haberlo hecho, pues tu te lo mereces.

Tengo que pedirte un favor: ¿Puedes rezar por todos nosotros desde ahí arriba? Tú bien sabes que, aunque antes te he dicho otra cosa, ninguno de nosotros hemos superado que ya no estés con nosotros (incluso Teresa, que tenía cuatro añitos cuanto te marchaste, se acuerda siempre de ti).

A Lucía y a mí nos han mandado hacer para el colegio una redacción sobre los abuelos y como yo no sé como hacerla, he preferido hablar contigo, escribiéndote esta carta.

No te preocupes si me ves llorar ahora, es más bien de alegría por haber tenido la suerte de que fueses tú, y no otra, mi abuela. La más guapa y mejor abuela del mundo.

Quiero que sepas que no solo nosotros, sino muchas personas que ni siquiera te podrías imaginar, te extrañan y echan de menos tu compañía y tus ánimos; pero sobre todo, quiero que recuerdes que todos te queríamos y te queremos mucho y que, estoy segura, que algún día nos volveremos a ver y nos daremos un fuerte y largo abrazo.

Tu nieta: Blanca

SEGUNDO ACCÉSIT

"Desde alguna parte"

Exther de Zulueta Guimaraens
Colegio Montealto de Madrid, Segundo Ciclo Secundaria

1 de diciembre de 2005

Querido abuelo:

Ya sabes lo poco que me gusta hablar en público, en eso me parezco a tí. No has sido nunca de muchas multitudes y menos de ser el centro de atención. Pero no quería, en un día tan señalado como es éste, dejar pasar la oportunidad de escribirte unas líneas.

Quiero decirte que después de pasar tantos momentos buenos contigo al final te has ido; estoy triste porque ya no voy a poder volver a escuchar todas esas historias familiares de las que tanto te gustaba hablar. Te he de confesar que mucha atención no ponía; espero que no te dieras cuenta. Y también estoy triste, Abuelo, porque mis primos ya no van a poder seguir disfrutando de tu exquisita presencia. Pero a la vez tengo una inmensa alegría de haber podido compartir contigo estos dieciséis años, ya que has sido en todo momento mi guía, mi norte, mi rumbo perfecto. Has sido la persona más bondadosa que se ha cruzado en mi camino, un amigo de tus amigos, un abuelo estupendo. Nunca te he oído hablar mal de nadie, ni has sentido odio por nada y siempre has sabido buscar una disculpa a cualquier maldad; la palabra rencor simplemente no existía en tu vocabulario. Has sido siempre una persona sencilla y has vivido como te has ido, sin molestar. En definitiva has sido un auténtico caballero, un ser excepcional.

Recuerdo que el día antes de que te ingresaran en el hospital, estabas allí sentado en tu butaca, aquella butaca de tu despacho en la que te he contado tantas cosas, me dijiste que te dolía la cabeza, yo no le di importancia y de pronto me vi en urgencias, porque a ti, a mi abuelo, a la persona que tanto adoro le había dado un derrame cerebral, era como si una parte de mi se estuviera yendo poco a poco.

Quiero darte las gracias, por todo eso que nos has dado y que siempre llevaremos en nuestro corazón.

También desde aquí quiero dar las gracias a la persona que más te ha querido, cuidado y mimado. Gracias abuela, has sido su motor, su bastón, su compañera hasta el final.

Abuelo, simplemente recordarte que tu paso por la tierra no ha sido en balde, el que siembra recoge y tu cosecha ha sido excelente.

No ha pasado ni dos semanas desde que te fuiste y ya te echo de menos, no me quiero despedir porque siempre te tendré a mi lado, estés donde estés. Solo me queda decirte que te quise, te quiero y te querré.

Posdata: Algún día nos volveremos a ver.

Categoría Colegios 2006
y Menciones especiales

La filosofía de este Concurso es reconocer también la participación, tanto de Abuelos/Nietos como de Centros Escolares. Por ello y, debido a sus características particulares el Jurado decide otorgar el premio al:

- **Colegio Montealto, de Madrid**
- **Colegio Ntra. Sra. del Carmen, de León**

Asimismo, el Jurado otorgó mención especial Categoría Abuelos para:

- **Dibujo "Abuelas de ayer" de Lucía Alonso Franco.**
- **Breve redacción sobre su bisnieta Isabel de la bisabuela Emilia de 98 años.**

Mención especial Categoría Nietos para:

El relato "Los setenta y siete del abuelo" de Alba Cid Fernández, del IES Xesus Ferro Couselo, de Orense.

Categoría Abuelos 2005

PRIMER PREMIO

"Afanes voladores"

Faustino Gracia Barrachina

Complicidad Absoluta

¿Sabéis cómo es mi pueblo? Es un pueblo pequeño, empinado, con las casas agarradas desesperadamente al monte y con una calle Mayor que lo cruza de parte a parte. De niño, sentía miedo de que toda la ladera de pinos que lo rodea se viniera abajo y cayera encima de las viviendas, pero ahora con 74 años cumplidos, ya he superado los temores. Los que habitamos aquí desde siempre lo creemos tan grande como todo el planeta entero. Tenemos una iglesia de piedra berroqueña con torre y campanario preciosos, además sonoras campanas que tocan a misa mayor los domingos o señalan los acontecimientos menos cotidianos: fiestas patronales, entierros, incendios o cosas así. Tenemos campos para cultivar cereales, verduras y frutas. También una plaza con otras casas más grandes alrededor: como la del Ayuntamiento y la del terrateniente Matías que se ha hecho dueño de todo lo *habido y por haber* con las compras a la gente que emigra y malvende el sudor suyo y el de sus antepasados. Los jueves viene un mercadillo a instalarse en los porches de la Casa Consistorial hasta el atardecer; traen muchas mercaderías, luego recogen los tenderetes y se marchan para regresar otra vez al jueves siguiente. Yo soy de esos lugareños que nació y moriré en el pueblo aferrado a la tierra. Sé que la vida de hoy, sobre todo en las ciudades grandes, es muy distinta. Los cambios en la sociedad son tan vertiginosos que de mis hijos no me separa una generación: me distancia siglo y medio.

No sé si os he descrito bien el pueblo, pero aquí es donde tengo a mi nieto Ignacio -un muchachote alto y fuerte- que va a vivir como mínimo, todo el verano con su abuela y conmigo después de la separación de sus padres por ese desamor tan frecuente de un mundo en que prima el egoísmo por encima de todo. Nosotros somos sus abuelos pero él nos llama yayis, el diminutivo –según él- de yayos. De muy pequeño le resultaba más fácil la pronunciación; lo curioso es que ahora que tiene nueve años nos llama igual. A nosotros nos gusta, nos encanta que nos llame así y además gozamos del privilegio -¡privilegio!- de ser sus únicos yayis. A los otros, los padres del separado progenitor que se han avergonzado siempre de ser abuelos, les llama Paco y Mercedes ¡Qué frío y qué simple! ¡Dios mío cuánta torpeza vanidosa el renunciar al título existente más bonito! Hay gustos que merecen palos, Señor.

Tener a Ignacio nos hace dichosos, compensa bastante del alejamiento inevitable de nuestros hijos y hasta nos retrotrae a su infancia. No querríamos des-

prendernos nunca del nieto, pero será imposible...Tal vez pronto *volará* sólo y yo tendré que volver a repetir la frase idiota: *"es Ley de Vida"* y chincharme como les ha ocurrido a casi todos los abuelos del pueblo; incluso daré gracias a Dios cuando esporádicamente venga hasta aquí...

Mientras esto ocurre -que ocurrirá, lo asevero- quiero disfrutar a tope del momento, de cada minuto que nos dé a la yaya y a mí. Hoy mismo –día de calor inmisericorde- he llegado cansado con la carga desde el pequeño huerto donde cultivo esas cosas de consumo diario ¡tan ricas!: patatas tempranas, los primeros pimientos de la temporada y algunas lechugas. La fatiga era tan enorme, -no en vano tengo los años manifestados- que al llegar a casa me he deslizado despacio por la puerta trasera sin hacer ningún ruido para que mi mujer no percibiera nada; no le gusta verme cargado. Mi corazón no funciona con demasiada salud -según me dijo el médico al que no hago caso con sus prohibiciones de casi todo-: llevar pesos, subir cuestas, fumar... fatigarme; aquello que hoy, como casi siempre, acabo de incumplir. He subido al primer piso y después al granero por la escalera estrecha de peldaños altos, a dejar las patatas en el suelo de madera de pino, en un rincón oscuro donde se conservan a la perfección. Una vez arriba estaba deshecho, apenas podía respirar y al final me he caído. Aquel dolor en el costado izquierdo era tan intenso que por segundos he perdido el conocimiento.

Unas tenues pisadas en el último tramo de escalera y el ruido de las campanadas de medio día del reloj de la torre me han hecho reaccionar. Instantes después Ignacio ha aparecido inquieto, lleno de miedo:

- ¿Qué te pasa, yayi?, ¿qué te ocurre... ?

No ha esperado la respuesta que yo ni siquiera podía articular. Rápido, sin hacer escándalo alguno ni preguntar nada más, ha descendido de dos en dos las escaleras y ha vuelto a reaparecer con la cajita de la medicina y me ha colocado una de las pastillas debajo de la lengua. Al cerrar los ojos y economizar cualquier movimiento, poco a poco he recuperado la consciencia.

- ¿Yayi, porqué has subido tanto peso? Yo estoy aquí contigo para ayudarte en todo -me dijo con la mayor sensatez-. Algún día puedo llegar demasiado tarde y no quiero que te pase nada... -acongojado no ha seguido, le podían las lágrimas y ha llorado suave, sin gritos de alarma pero muerto de miedo y de pena, con todo su gran sentido común a flote.

- ¡Gracias Ignacio! –la mayor ola de ternura me invadía a la vez que poco a poco aflojaba el dolor-. ¿Qué haces en el granero, por qué has subido? Escucha bien cariño, no digas nada a la yaya de esto, se enfadaría muchísimo y ninguno de los dos queremos que se enfade ¿De acuerdo?.

- La yaya al ver que tardabas, me ha enviado al huerto en tu busca: *"dile que pronto pondré la mesa y hoy tenemos paella de verduras que le gusta mucho".*

Al no encontrarte pensé que estabas aquí. La puerta trasera se había quedado abierta...

Ignacio lo decía en voz baja y me miró con aire cómplice, como si fuese un compañero más de juegos en la plaza, cualquiera de sus amigos los otros niños del pueblo. He sonreído aún conmocionado por el brutal dolor anterior e inmerso en aquel mensaje enviado por la *muerte* en el que ví corno si la luz del horizonte se encendiera por última vez.

- Está bien Ignacio, ahora bajaremos los dos sin dar importancia al hecho. Tú esperas junto a la puerta trasera mientras me lavo las manos en la pila y refresco la cara para despejar la *tontera*, luego entramos. Pero ya sabes, guarda el secreto y piensa que no es una mentira nuestra ocultación, es evitar la preocupación enorme de la yaya. Te prometo que no haré más tonterías.

- ¿Yayi, cuándo me dejarás llevar el tractor pequeño? -ha dicho en inteligente giro de conversación-. El verano pasado lo prometiste. También tienes que enseñarme a plantar los ajos, las cebollas, hacer orejones y a coger la miel de las colmenas sin que me piquen las abejas... Si mis papás no se juntan de nuevo yo quiero quedarme siempre a vivir con vosotros y saber todas esas cosas, es necesario aprenderlo para poder ayudarte; así no harás esfuerzos, cuidaré de ti.

- Cualquier día de estos saldremos a dar una vuelta con el tractor hacia el camino del río por donde acaban los huertos y empieza el monte, y dejaré que lo cojas. Al regreso, en el campo, podré enseñarte aquello que te interesa. Anda vamos para abajo. No pienses por ahora en nada más y recoge la medicina en el cajón de mi mesilla de noche, bueno, tú ya sabes donde las guardo.

- Espera, yo bajaré primero yayi, no te vayas a caer –y comenzó a bajar a toda velocidad. Al pie de escalera vigilaba cada uno de los ya torpes pasos que salen del ritmo cansino de mi cuerpo.

Quedo admirado de aquel pequeño de 9 años escasos, al que veo pescar en el río, jugar a las canicas, al fútbol, a la pelota o tirar piedras a los espantapájaros, pueda tener tanta madurez. Resulta muy notable poder confiar en él ¿Será la consecuencia de los cuentos que le he contado, los muchos paseos con él de la mano y las respuestas sin esquivar ni una, dadas a su insaciable curiosidad, lo que ha hecho que Ignacio tenga conmigo unos lazos de amor que no tiene ni con su padre? Ahora sólo me resta ser obediente, dejar la tozudez, acabar con las caminatas y los esfuerzos achacados por mi mujer o don Antonio el médico; tratar de vivir el tiempo que Dios me dé es indispensable para enseñar a ese muchacho todas las cosas que su infantil curiosidad desea saber. Para mi nieto soy alguien importante, me siento ¡feliz!. Con esta idea ya prendida en la mente desciendo cuidadoso la escalera. Una vez abajo tomo la mano de mi nieto y como dos furtivos volvemos a salir a la calle por la puerta de atrás y de esta guisa entramos otra

vez a la casa por la principal que da al pasillo de la cocina. El perro ladra contento al olfatearnos desde el quicio de la cancela, sabe que llegan dos personas de sobra conocidas. En el mismo portal Ignacio grita:

- ¡Yaya, ya estamos en casa!. ¿El yayi se ha olvidado de la hora que era!.

Ha levantado los ojos hacia mí; yo cariñoso le dedico el mejor de los agradecimientos. Con toda la bondad de su tierno corazón ha aceptado ser cómplice de su yayi para no dañar a su yaya.

- ¡Yaya! - grito también con forzado talante y cara-, ¡perdóname el retraso, mujer! Me entretuve para recoger unas patatas tempranas...

- ¡Nunca cambiarás, José!. Venga entrad, que se va a pasar el arroz.

PRIMER ACCÉSIT

"Señó, es mi abuelo..."

Antonio González Paz

Conocí a Esperanza cuando era una chica de cuerpo grácil y mirar melancólico. Después de un noviazgo, que duró lo que mis estudios, nos casamos. Durante casi cuarenta años, he sido como una sombra pegada a su piel. Verdaderamente ella era la tierra de mis raíces. De ella extraía le savia vital, en ella encontraba sostén, con ella viví una hermosa historia de amor.

Cuando, inesperadamente, ella se marchó al Valle de los Juncos, me sentí desenraizado, desamparado, huérfano en el sentido etimológico de la palabra. Había perdido la luz de mis ojos y sentía que todo lo que me rodeaba se había convertido en un valle tenebroso, en una cañada oscura. Como no habíamos podido tener hijos, -entonces no había esos adelantos científicos que consiguen de la naturaleza lo que ella caprichosamente niega- me vi inmerso en una soledad profunda.

Los primeros días me encerré en casa. La recorría como un fantasma buscando en cada rincón y en cada objeto la huella de su paso y el olor de su presencia. Al poco tiempo, afortunadamente, comprendí que aquello me enclaustraba en un mundo de oscuros recuerdos donde la vida era una sombra y la ausencia una herida siempre abierta.

Desenmascarada la trampa en que involuntariamente había caído decidí establecer nuevas rutinas que me obligaran a salir de casa. Como era más rico en tiempo que en dinero, -la jubilación suele mutar el orden del binomio- empecé a dedicar las mañanas a colaborar con una ONG. Por la tarde procuraba dar un largo paseo que acababa en un parquecillo cercano a mi casa. Allí, sentado en un banco, leía y releía el ABC hasta casi aprendérmelo de memoria. Como tantos viudos lo que más temía era el momento de volver a casa...

Una tarde luminosa de septiembre, leía la prensa cerca de un grupo de chavales que regateaban con un balón. Uno de ellos disparó con tal fuerza y puntería que la pelota vino a estrellarse contra mi periódico. Los demás corrieron asustados buscando refugio en las faldas de sus madres. Sólo el autor del gol permaneció en su sitio. Me miraba expectante, esperando un gesto o una palabra que le permitiera recuperar su juguete.

Sólo, cuando repuesto del susto, esbocé una sonrisa de complicidad se acercó a mí. Parecía un gorrioncillo indefenso, tímido y sudoroso.

- Perdón, señor. Ha sido sin querer.

- Procura mirar donde apuntas, le dije devolviéndole la pelota.

No se arredró por el tono de mi voz. Mantenía erguida la cabeza y me miraba con unos ojos oscuros y profundos. Yo le contemplaba con curiosidad por encima de mis gafas cuando una voz autoritaria gritó:

- Pablo, ven para acá

Fue así, como me enteré de como se llamaba. Al ver que no se movía le dije:

- Pablo, te llama tu madre.

- No es mi madre. Es mi cuidadora. ¿Dónde está la tuya?

- Yo no tengo cuidadora. Vivo sólo.

- Vives sólo... ¿Y no pasas miedo?

- A veces sí. Mi casa es muy grande y fría. En algunas ocasiones me siento perdido...

- ¡Jopé, pues sí que será grande tu casa! ¿No hay calefacción?

- Si, muy buena, pero no es capaz de calentarme el corazón.

Pablo me miraba desconcertado. Guardó silencio intentando comprender mi frase. Para sacarle de su ensimismamiento le pregunté:

- ¿Dónde está tu mamá?

- Trabajando. Trabaja mucho. Se va antes que yo me despierte. Muchos días, veo los Lunnis antes de que vuelva...

- Bueno, la verás los fines de semana, -añadí en plan conciliador.

- Los fines de semana los paso en casa de mi papá. Allí me aburro. Comemos hamburguesas, mientras él lee el periódico... Me dan asco los periódicos...

Absortos en nuestra conversación, no habíamos oído los pasos de la cuidadora. Su grito nos devolvió a la realidad:

- Pablo, ¿estás sordo? Deja de molestar al señor...

- No es molestia, respondí azorado.

- Bueno, adiós, -dijo Pablo.

Le vi alejarse botando su balón. Él volvió a sus juegos. Yo a mi diario.

La tarde siguiente, regresé al parque. Había comprado un paquete de caramelos. Pablo jugaba con sus amigos. Le ofrecí uno:

- Dice mi madre que no coja caramelos de desconocidos.

- Tu te lo pierdes, le dije sonriendo.

Me senté en el banco habitual. Abrí el paquete y desparramé el contenido sobre el asiento. Antes de sumergirme en la lectura me introduje ostentosamente uno en la boca.

Pablo jugaba con sus amigos. De vez en cuando miraba con el rabillo del ojo los caramelos y mi rostro. Como el que no quiere la cosa se fue acercando. Parecía un ratoncillo tembloroso. Cuando estaba a mi lado, sonrió como sólo él sabe hacerlo y dijo:

-¿Me das uno?

- Son todos para ti.

Afortunadamente ese día un seto nos ocultaba de la mirada inquisidora de la cuidadora. Pablo se sentó junto a mí y empezó a comérselos glotonamente. Por reanudar la conversación del día anterior, le pregunté:

- ¿Tus abuelos también te compran caramelos?

- No tengo abuelos... Mi madre dice que están en el cielo... ¿Qué se hace allí?

- Cada uno lo que más le gusta...

Una sonrisa le iluminó la mirada. Mi respuesta debió aclarar sus dudas teológicas, porque añadió:

- ¡Qué chachi! Entonces... entonces mi abuelo no se perderá un partido y mi abuela estará haciendo punto.

- Seguramente, -afirmé sin pretender entrar en más disquisiciones teológicas.

- ¿A tus nietos le regalas caramelos como a mí?

- No tengo ni hijos ni nietos.

Aquella afirmación, le sumió en una profunda reflexión. Permaneció en silencio un buen rato. Me miraba de hito en hito sin atreverse a formular su pensamiento.

Finalmente dijo:

- ¿No sabes qué? A muchos niños de mi clase van a recogerlos sus abuelos. A mí siempre la cuidadora. Me dan mucha envidia. ¿Podrías algún día venir a buscarme al cole?

Me quedé sorprendido de su propuesta. Le miré con ternura. Pablo esperaba inquieto mi respuesta. No fui capaz de negarme a su súplica.

Al día siguiente fui a esperarle a la salida de clase. Le vi salir en fila con sus compañeros. Pablo me buscaba con la mirada. Cuando me descubrió me guiñó y, señalándome con el dedo, dijo a su profesora:

- Seño, aquel señor es mi abuelo.

Luego tiró la mochila, y corrió a mi encuentro. Se me echó a los brazos y me cubrió de besos. Cogidos de la mano caminamos hacia el parque. Él iba orgulloso. Yo sentía brotar dentro de mí un manantial de ternura que me resultaba nuevo. Así, sin haber tenido hijos, me convertí en abuelo. Desde aquella hora me paso el día mirando el reloj esperando que den las cinco de la tarde.

SEGUNDO ACCÉSIT

"Fragmentos (de mi diario personal)"

Ramón Cabrera Naveiras

Lunes 10 de junio. Hoy nos hemos despedido de Marcos. Acababa de cumplir dos añitos. Mi hijo y su mujer, y yo, por supuesto, estamos destrozados. Daniel, mi otro nieto, que ha insistido en besarlo, se ha extrañado de que estuviese frío y con los ojos cerrados. ¿Qué podía explicarle? Que dormía un sueño profundo y que es el alma la que calienta los cuerpos de la gente. La de Marcos, le he dicho, se la han llevado dos ángeles para convertirla en una estrella. Al acostarle, ha mirado al cielo por la ventana abierta. "*¿Cuál de ellas es el alma de mi hermanito?"*, me ha preguntado. El dolor me ha enmudecido. Y ante mi silencio se ha puesto a llorar conmigo.

Viernes 14 de junio. A Daniel alguien le ha contado que a veces ciertas personas se sienten fatigadas del mundo y rezan a los ángeles para que las conduzcan al cielo. Se ha percatado hoy de lo que me costaba levantarme de la silla, y andar, y leer el periódico incluso con las gafas puestas; y ha oído cómo me quejaba de mis pobres articulaciones ya viejas y gastadas. *"¿Estás tú fatigado, abuelo?"* Le he contestado que no, para no alarmarlo, y con su razonamiento infantil se ha sorprendido de que su hermanito, siempre alegre y feliz, con esa risa que contagiaba a todos, hubiera pedido que le llevaran allá arriba, muy lejos. Y ha murmurado con un hilo de voz: *"¿De qué estaba cansado Marcos, abuelo?"* He visto a Daniel tan solo, tan triste, que he sentido como si a él también el alma le hubiera abandonado.

Lunes 17 de junio. Hoy Daniel se ha despertado con un profundo sentimiento de culpa. Mientras le vestía para ir a la escuela -sus padres salen muy temprano a trabajar- , sentado encima de la cama, dejándose hacer, me ha confesado con inquietud que ya sabe porqué se ha ido su hermano. *"Está enfadado conmigo. Le enrabiaba que no quisiera prestarle el lápiz de siete minas, ni la pelota de playa, ni el cuaderno de pintar, ni el reloj con el dibujo de bambi. Yo a cambio, abuelito, le ofrecía el patinete, pero es porque sabía que no lo iba a querer. Marcos sólo quería lo que yo no le daba. Decía que mis cosas eran tan bonitas como el tesoro de Ali Babá. He sido malo con él, muy malo, y por eso nos ha dejado y nunca más volveré a verle".* Ha rechazado el desayuno, y ha escondido la cabeza entre sus brazos, sobre la mesa de la cocina. He intentando convencerle de que no ha de preocuparse, de que en el cielo hay de todo, todo lo que un niño puede ambicionar, y que por esta razón Marcos ya le ha perdonado. Con los ojos anegados de lágrimas me ha dicho que no, que estoy equivocado. *"En el cielo no están ni Milápiz, ni Mi pelota, ni Mi cuaderno, ni Mi reloj. Hay parecidos, pero no son los*

míos, los que él desea". Me ha pedido entonces que le ayude a redactar una carta para su hermano que colocaremos, a la hora de ir a dormir, en el alféizar de su ventana. *"Como si fuese la noche de Reyes",* ha recalcado Daniel. Esto es lo que hemos escrito entre los dos: "Querido Marcos: Dentro de unos días comienzan las vacaciones en el mundo y sería guay, ya que no he de regresar al colegio, pasarlas juntos. Te digo, para que se te pase el enfado, que te doy todo lo mío, no sólo lo que querías, si no también el patinete, y la bici de cuatro ruedas y el tirachinas con el que espanto a los gatos de la señora Matilde, que por las noches maúllan y no hay quien pegue ojo, como tú sabes. A propósito, ¿hay gatos en el cielo? Así que vuelve pronto, que te encuentro a faltar y me aburro mucho sin ti. Ahora, el abuelito y yo vamos a rezar para que el ángel cartero baje a buscar esta carta y te llegue pronto, para que los papás de toda la tierra no sufran y también por los negritos y los chinos. Un beso, Daniel" Mientras lo arropaba y besaba su frente deseándole un dulce sueño, no he podido evitar que mi mirada se deslizase hasta la cama contigua. En ella dormía Marcos, tapado con la sábana hasta la coronilla. Si hay un Dios, no es justo, he pensado. Luego he apagado la luz, he permanecido un buen rato junto a Daniel, con una de sus manitas entre las mías y despacio, al notar ya que su respiración era profunda, he recogido la carta de la ventana que todavía guardo entre mis cosas.

Domingo 23 de junio. Cuando suponía que Daniel ya había olvidado el asunto de la carta, de repente hoy ha preguntado durante el almuerzo si hemos recibido correo de su hermano. Afortunadamente, yo ya había advertido a mi hijo y a mi nuera de la existencia de ese escrito. Le hemos contestado que no, que el cielo está muy lejos y que puede que tarde en tener noticias de Marcos. *"No le pusimos sello, abuelo. ¿Será por eso?"* Ha permanecido pensativo un buen rato, dando vueltas con la cuchara a la sopa, mientras nosotros, angustiados, nos observábamos de reojo. *"Luisito, el de la casa de la esquina,* "ha comenzado a decirnos", *cuenta, por que se lo han contado sus papás, que al cielo se sube muerto o en cohete, pero que en este último caso se tardan millones de años en llegar. Que lo más rápido es morirse. Si Marcos no me contesta, ¿podré morirme un tiempo, papá? Yo creo que no se fía de que voy a darle todo lo mío y así, si me muero, yo mismo se lo llevo en una maleta y entonces seguro que regresa conmigo a la Tierra".* Mercedes, la madre, incapaz de ocultar los sollozos, se ha levantado para encerrarse en la cocina. "En el cielo, Daniel", ha intentado explicarle su padre con un nudo en la garganta, *"se está tan a gusto que normalmente nadie quiere volver. Y eso de morirse... Bueno, eso lo decide Dios, no yo. Además, ¿vas a dejarnos tú también, ahora que él se ha ido?*

Sábado 6 de julio. Daniel está intranquilo. Desde hace días, cuando despierta lo primero que hace es sentarse en la cama para abstraerse mirando la que ocupaba

su hermano. Puede pasar así minutos, inmóvil, sin que las llamadas de la madre o mis continuas entradas y salidas recordándole que la leche con chocolate le espera consigan hacerle reaccionar. Por la noche le he llevado al parque cercano a casa. La televisión había anunciado una lluvia de estrellas y he querido que la viera. Durante el camino hemos oído el ¡uh,uh! de una lechuza. Las estelas de los astros errantes dibujaban largos caminos de luz en el cielo oscuro. Daniel, maravillado, no apartaba la vista de ese espectáculo cósmico. *"¿Sabes, abuelito?,* "me ha dicho", *estos días estaba seguro de que encontraría la carta de Marcos encima de su cama".* He simulado que yo también esperaba tener esa agradable sorpresa. *"¡Ah!, ¿y estaba?" "Pues no"* y luego de un largo suspiro ha añadido, señalándome una estrella fugaz: *"Y ahora lo entiendo. Es que todavía está de viaje".* Ha sido mi primera sonrisa en muchos días.

Domingo 27 de julio. Hoy hemos ido todos de excursión al monte. Al final de una serpenteante carretera bordeada de pinos y encinas se abría una explanada en la que pastaba un rebaño de ovejas. A nuestro alrededor altos picos majestuosos y abajo, por un estrecho cañón, un río de aguas plateadas buscando espacios tranquilos donde remansar su turbulencia. He jugado con Daniel a pelota –lo que mis años me permiten-y luego, echados sobre la hierba, mientras sus padres preparaban el picnic, hemos permanecido largo tiempo en silencio, el uno junto a el otro. Me he medio dormido hasta que la voz de mi nieto, de pie junto a la baranda de madera que cierra el mirador por el que puede contemplarse el paisaje, me ha sobresaltado. Su agudo "Marcos, te quiero", iba reproduciéndose por el eco dos, cinco, ocho veces de montaña en montaña. Al final, como otra voz que viniese desde lo más profundo del firmamento, sólo ha ido quedando un escueto y esencial "te quiero, quiero, quiero". ¿Eras tú quien lo decía, mi pequeño, mi chiquitín ya muerto?

Lunes 28 de julio. Daniel soñó anoche que estábamos todos juntos, con Marcos, merendando chocolate caliente con churros. *"Sé que no es verdad, abuelito, sé que ha sido un sueño. Pero ya no voy a llorar más porque mi hermanito no esté conmigo. Ahora veo que no está enfadado. Ayer me contestó que también me quería. ¿Lo oíste? ¿Verdad que el día que yo me canse del mundo o tenga un cohete para ir al cielo Marcos ya querrá darme un abrazo cuando llegue?".* Le he dicho que sí, que por supuesto que sí, que lo que se dice en las montañas nunca son mentiras. Y en sus ojos he visto, por fin, que la vida continúa.

Categoría Nietos 2005

PRIMER PREMIO

"Los abuelos"

Ana González Lara
Colegio Mater Salvatoris de Madrid, Primer Ciclo Secundaria

Ambos, sin intercambiar palabra, cruzaban su mirada a breves intervalos con una expresión tan elocuente que cualquier frase hubiera resultado superflua. Tantos años, ya más de cincuenta, les habían hecho particularmente diestros en ese lenguaje silencioso con el que se comunicaban y que a veces llegaba a parecer cosa de brujería, pues ni mirarse les era necesario para saber lo que estaba pensando el otro.

Cuando el reloj de la entrada, vieja herencia de familia, dio las seis campanadas, la intensidad de las miradas y el ritmo al que las intercambiaban se incrementó sensiblemente, llegando un punto en el que hasta para los absolutamente ajenos a aquel lenguaje tan particular se hubiera hecho evidente la enorme impaciencia que agitaba a ambos. Habían almorzado juntos en la pequeña terraza que colgaba sobre el jardín, agradeciendo la tibieza y el aire puro de un soleado día en el comienzo de la primavera. Apenas habían hablado. Algún comentario sobre la bondad del tiempo, que tan largamente habían esperado tras el crudo invierno, o sobre la homilía del párroco, que aquella mañana, para su deleite, había arremetido duramente contra el gobierno. Y poco más. Ya no necesitaban hablar mucho para entenderse; tantos años de vida en común y el amor inquebrantable que se profesaban les permitía decírselo todo con muy pocas palabras.

Tras el almuerzo, la abuela había recogido la mesa y el abuelo, para entretener la espera, en un esfuerzo que él sabía baldío, se había acomodado en el orejero del salón, simulando leer el periódico mientras lanzaba furtivas miradas al reloj. Su hijo mayor, Fernando, mi padre, les había anunciado la visita de toda la familia para las seis de la tarde. Salvo circunstancias especiales esa visita se repetía todos los domingos del año, pero una gripe tardía que nos postró en cama y las recién terminadas vacaciones de Semana Santa fueron la causa de que los tres últimos domingos no cumpliéramos con nuestra visita. Quizás por ello mis abuelos se debatían en aquel momento entre la impaciencia que sentían y sus vanos esfuerzos por disimularla.

A las seis y diez la quietud de aquella casa, cálida y atestada de recuerdos, se vio súbitamente quebrada por el estruendo del timbre que mi hermano pequeño, Alvaro, se puso a pulsar con loco frenesí. Al chaval debía gustarle el concierto, pues cinco minutos después de haber entrado todos y para desesperación de mi abuelo, seguía pulsándolo con un entusiasmo que parecía lejos de decaer. Mi

madre tras dos enérgicos avisos acabó, como todos los domingos, sacándole tarjeta roja, en este caso materializada en una persuasiva y enérgica colleja que devolvió durante dos milésimas de segundo un relativo silencio a la casa, quebrado de nuevo y con mayor virulencia por el estruendoso llanto de Alvaro. ¡Será nena! Le tocan y llora, pero además hay que ver como llora el tío, ¡menudos pulmones!...La abuela, viendo el rostro del abuelo que se crispaba por momentos, trató de terciar rápidamente: "Alvarito rico, toca el timbre, toca el timbre si quieres". Inmediata y expresiva mirada de reproche de mi madre hacia su suegra, de la que ésta se libró ante un sordo estrépito que súbitamente llegó de la cocina. Mi padre y mi madre se precipitaban hacia allí, al ritmo de los timbrazos con que Alvarito, con mirada desafiante y victoriosa, y mientras se sorbía los mocos, nuevamente nos obsequiaba.

En la cocina Cristina, mi hermana, también pequeña - ya os adelanto que todos son pequeños, pues la mayor soy yo - había intentado con poco éxito hacerse con el tarro de las galletas que mi abuela, con buena intención pero pésimo resultado, había situado en una estantería fuera de nuestro alcance. Al pie de la despensa, galletas, tarro hecho añicos y taburete volcado hablaban por sí solos. La abuela, a la que la espera impacientaba tanto como al abuelo pero que a diferencia de éste tardaba mucho más en perder la paciencia, sonrió beatíficamente y acariciando con su mano temblorosa la cabeza de Cristinita la apartó de los peligrosos cristales:

"Ay hija, pero mira que eres trasto. Haberme pedido las galletas... Anda ves al salón que aquí hay cristales".

Mientras mi madre y mi abuela se quedaban recogiendo el estropicio los demás nos dirigimos al salón. Mi padre intentaba dar explicaciones al abuelo sobre las maravillosas vacaciones que acabábamos de disfrutar, tratando de hacerse oír por encima de los timbrazos de Álvaro, al que el abuelo lanzaba continuas y muy expresivas miradas. Finalmente Álvaro, al percatarse de que ya nadie le reprochaba su tenacidad, y al escuchar a Luis – lo adivinasteis, también mi hermano pequeño – como disparaba con el bastón de mi abuelo a un enemigo invisible, abandonó su empeño, y el timbre enmudeció por fin.

Sobre el regazo de mi abuelo se encontraba Enrique - y ya hemos terminado -, el más pequeño de todos, que la semana que viene cumplirá tres años. El abuelo no podía disimular la predilección que sentía por él. Ni Enrique la que sentía por mi abuelo, y especialmente por su dentadura. Tiempo atrás la descubrió en un vaso en el cuarto de baño, y desde entonces cada domingo se esfuerza por arrancársela. Con la misma dulzura con que se embrida un caballo, Quique le metía los dedos en la boca y tiraba con fuerza para levantarle la quijada y acceder al preciado botín. Increíble, mi abuelo se limitaba a apartar la mano y apretar las man-

díbulas mientras seguía acariciándolo. Lo que ninguno sabíamos es que al cerrar los ojos y sentir en sus yemas la tibieza y suavidad de su piel, el abuelo evocaba momentos muy lejanos en que tenía sobre sus rodillas a su hijo pequeño, mi tío Miguel, cuyo parecido con Quique era al parecer asombroso y que murió, recién ascendido a teniente, en un atentado terrorista. Su retrato, de uniforme, presidía el salón desde la repisa de la chimenea.

"¡Muere cobarde!" Gritaba Luis apuntando a Álvaro desde una improvisada trinchera que acababa de construir en el rincón con todos los cojines del sofá. "¡Te he matado yo primero!", respondía Alvaro exhibiendo el bastón de la abuela – la caída de mi abuela en las escaleras del mercado hace unos meses fue providencial pues al necesitar bastón terminaron las encarnizadas peleas de Álvaro y Luis por el bastón del abuelo. El último domingo, cuando Quique se quiso sumar al juego, Luis le espetó con autoridad "Todavía no puedes jugar Quique; tienes que esperar a que el abuelo tenga muletas" y tras echar un vistazo al abuelo, consolaba a Quique "no llores pequeño, que ya falta poco".

En ese momento mi abuela y mi madre hicieron su aparición con la merienda. Mi abuela es estupenda, cada domingo nos atiborra. La aparición de las cocacolas, los cuencos con patatitas, aceitunas y galletas, operaron el milagro. Álvaro y Luis declararon inmediatamente un armisticio en su particular guerra, Cristinita dejó de recortar, escondida debajo de la mesa del comedor, un libro enorme sobre el museo del Prado - ¡Ya verás cuando te pillen! – y Quique, por el momento, se olvidó de la dentadura y se precipitó sobre las patatas.

Todos engullendo y con la boca llena, dimos un breve respiro a los mayores, poniendo mis padres al día a los abuelos de las últimas novedades. En esos breves momentos el abuelo, contemplándonos, parecía disfrutar de la esperada visita. Ya se encargó Quique de devolverle a la realidad. Haciéndole carantoñas le acercó una aceituna y éste, pobre tontito, abrió la boca para comerla dando a Quique la oportunidad - ¡ que rápido estuvo el condenado! - de trincar la dentadura superior y con un rápido tirón hacerse con ella. Inmediatamente salió corriendo con su trofeo, seguido de sus hermanos que le miraban con admiración "¡Demuélmela, pon favon, mi dentaduna!" gritaba el abuelo, al que sin dientes no se le entendía nada. Ante el revuelo, Cristinita, pertrechada de un cuenco de patatas y su cocacola, se volvió a escabullir bajo la mesa para continuar su destrozo del libro de arte de los abuelos.

Mi padre salió corriendo detrás de Quique, pero cuando le alcanzó en la cocina se lo encontró llorando y desposeído de su conquista. Álvaro y Luis se habían hecho con ella. La abuela corrió para cerrarles el paso hacia el pasillo y mi madre, arremangándose, se situó estratégicamente para administrar a diestro y siniestro las merecidas collejas. Por su parte el abuelo no acertaba, sin su bastón, a incor-

porarse, balbuceaba entre dientes - los de abajo que eran los únicos que le había dejado Quique - y mostraba una impaciencia, igual de intensa pero de muy distinta naturaleza a la que había experimentado solo media hora antes.

La persecución duró casi cinco minutos y culminó cuando Luis y Álvaro se refugiaron debajo de la mesa, de la que mamá les persuadió rápidamente en salir, descubriendo - la persecución salió rentable - a Cristinita, tijeras en ristre, recortando en ese momento el cuadro de las Meninas. Allí cobraron todos, menos Quique que - ¡tendrá cara! - fue a refugiarse en brazos del abuelo. Éste, recuperada la dentadura, lo admitió nuevamente en su regazo, pero sujetándole con determinación las muñecas para mantener sus manos lejos de la boca.

La abuela, ¡esa sí que sabe perdonar!, trataba de consolar a Cristinita que lloraba desconsolada pues, mala fortuna, cobró por partida doble, una de mi madre y otra de mi padre que se afanaba ahora torpemente en recomponer el libro. Al contemplar a mi abuela consolar a mi hermana me pareció ver que hacia esfuerzos para contener las lágrimas mientras miraba el libro destrozado sobre la alfombra. Yo no sabía entonces que el libro tenía un especial significado para ella; fue el regalo de fin de colegio al terminar el bachillerato como la número uno de su clase.

No llevábamos más de cuarenta y cinco minutos y la apacible casa a la que habíamos llegado parecía transformada. Por toda la alfombra quedaban restos de patatas, los cojines del sofá esparcidos aquí y allá, el libro de mi abuela irreparablemente destrozado, y mi pobre abuelo, de tanta agitación, respirando con creciente dificultad.

Hacia las siete mis padres decidieron que era hora de emprender el regreso a casa. Hay que ver, cuando nos despedíamos - Quique aprovechó el despiste para hacer un último intento de recuperar la dentadura - lo contentos que parecían los abuelos, yo diría que hasta más contentos que cuando llegamos.

En silencio, cuando ya nos habíamos ido, los abuelos pusieron poco a poco orden en aquel desastre. No hablaban pero con la mirada se lo decían todo. El abuelo de vez en cuando se palpaba la cara, como para asegurarse de que su dentadura seguía en su sitio, y la abuela recogía con delicadeza las hojas del libro cortadas por Cristinita y las colocaba primorosamente en la biblioteca, pensando quizás en la ardua tarea que la esperaba para, con mucha paciencia y mucho celo, repararlo en lo posible.

Ambos parecían disfrutar de la paz recobrada. Cenaron viendo las noticias en la televisión y permanecieron largo rato callados saboreando el café. Cuando ya llegaba la hora de acostarse, y el alboroto de nuestra visita quedaba lejos, el abuelo miró con ternura a la abuela y, deseando de ella una confirmación, le pregunto: "El domingo que viene volverán, ¿verdad?".

PRIMER ACCÉSIT

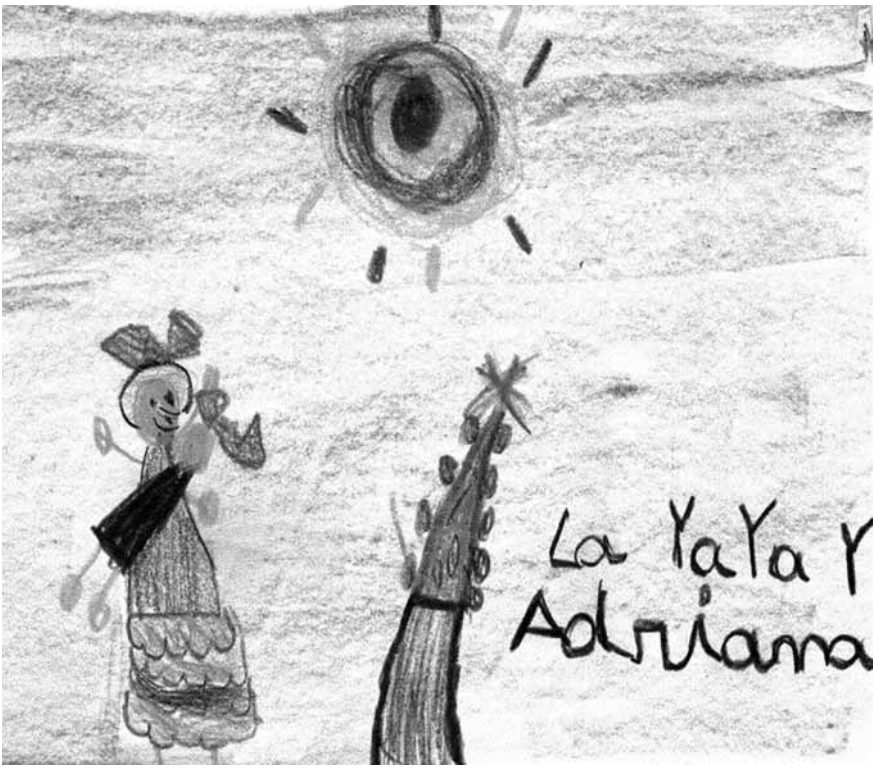
"Te quiero Abu"

Lola de Marcos
Educación Infantil

SEGUNDO ACCÉSIT

"La yaya y Adriana"

Adriana Fuentes García
Colegio C.P. Victorio Macho de Burguillos (Toledo), Educación Infantil



PRIMER ACCÉSIT

"Cuando se conocieron mis abuelos"

María Bernaldo de Quirós
Colegio Mater Salvatoris de Madrid, Primer Ciclo de Primaria

SEGUNDO ACCÉSIT

"La fiesta sorpresa"

Monica Vivar
Colegio Mater Salvatoris de Madrid, Primer Ciclo de Primaria

PRIMER ACCÉSIT

"Mi abuelo"

Ismael Chaka Trenado
Colegio Cristo Crucificado de Valverde de Leganés (Badajoz), Segundo Ciclo de Primaria

Yo tengo un abuelo que es mi abuelo y mi amigo por que pasa mucho tiempo conmigo, me quiere y por supuesto me ayuda, claro. No sé por qué mi abuelo tiene algo especial, y aunque sea mayor, es todavía fuerte y no se enfada; nunca está de mal humor. Estoy orgulloso de tener un abuelo tan especial, yo le quiero mucho. Quién pasa una hora con él ya le encanta y se queda con las ganas de estar otra hora y otra...

Mi madre me ha contado muchas cosas de el día que me conoció cuando nací; dice que cuando me cogió, como era tan pequeño, casi no se me veía entre sus brazos; que siempre llegaba a la hora de mi baño a mi casa, mi madre me sacaba de la bañera y mi abuelo me envolvía en la toalla.

Dice mi madre que me dio muchas veces el biberón y que cada vez que me cogía acababa dormido en sus brazos.

Me enseñó a jugar con cosas que él hacia de pequeño; una vez me hizo un tira chinas pero con bolas de papel, otra vez me enseñó a hacer un teléfono con dos vasos de plástico y un hilo, me enseñó a hacer los barquitos de papel y una pajarita y un molinillo...

Cuando mis padres se van a trabajar o mi madre tiene que salir es él quien se queda conmigo. Aunque hago muchas trastadas nunca se enfada; me regaña un poquito cuando hago las cosas mal, también me compra chuches en secreto...

Me gasta bromas que me hacen reír y me deja su móvil para jugar. Yo le enseñé a manejarlo.

Mi otro abuelo, Mohammed, es muy parecido a mi abuelo Miguel, pero a él solo le veo en el verano. Son muy cariñosos los dos; cuando voy a verle juego con él a las damas porque le gusta mucho, es un campeón; nunca conseguimos ganarle. No importa que él no hable español y que yo no hable árabe, nos entendemos igual.

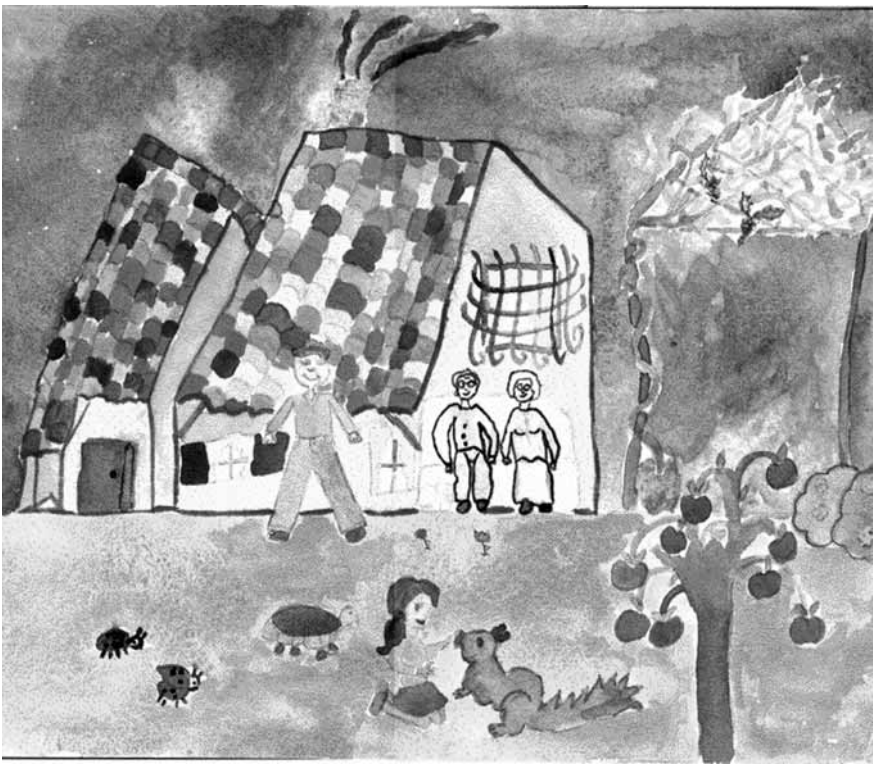
Mi abuelo Miguel me pregunta qué tal lo he pasado cuando vuelvo de Marruecos, yo le cuento todas las cosas que he hecho con mi familia de allí, le digo las palabras que he aprendido en árabe para que él me las repita y me río mucho porque no le salen y él se ríe también.

No sé, pero yo le quiero muchísimo, y a mis abuelas también, espero que todos vosotros queráis a vuestros abuelos tanto como yo quiero a los míos.

SEGUNDO ACCÉSIT

Sin Título

Gema Navarro Cotes
Colegio Cristo Crucificado de Valverde de Mula (Murcia), Segundo Ciclo de Primaria



PRIMER ACCÉSIT

"Un problema entre mis abuelos y yo"

Paula Gómez Espa
Colegio San José Obrero de Pozuelo (Madrid), Tercer Ciclo de Primaria

¡Mis abuelos son los mejores del mundo! No son unos abuelos cualquiera, porque aunque a simple vista no se aprecie, tienen unos poderes especiales. Son personas muy conocidas, que salen con frecuencia en la televisión, enseñando a la gente lo que pueden hacer con sus poderes. Son muy populares y tienen mucho dinero, en varias ocasiones han intentado robarles o secuestrarles para pedir rescate. Por eso, están rodeados de guardias y guardaespaldas y no permiten a nadie ir a visitarlos, ni siquiera a mí, que soy su nieto.

Un día le pregunté a mamá que si podía ir a visitar a los abuelos y la respuesta fue la misma de siempre, un rotundo no. Ya estaba harto, desde que se hicieron famosos sólo les podía ver por la tele.

Una noche, me reuní con mis amigos y les comenté todo esto. Pedro, mi mejor amigo, me sugirió que fuéramos a escondidas. Nos emocionamos con la idea y empezamos a trazar planes.

-¿Por qué no vamos esta misma noche?- preguntó Nico. Sin pensarlo dos veces decidimos ir.

Entonces fui a mi casa, cogí mi linterna, mi pistola de juguete, un paquete de pañuelos (a mamá no le gusta que lleve los mocos colgando), las botas que me regaló papá por mi cumpleaños, y me vestí con el disfraz de militar, ¡ya estaba listo para pasar a la acción! Nos reunimos frente a la puerta de la mansión de mis abuelos, y ahí me empezó a entrar miedo. Estaba lleno de guardias, y también había perros de esos grandotes que pueden hacer mucho daño. Pero mis amigos no se querían echar atrás.

Carlos abrió su mochila, sacó la gabardina de su padre, un bigote postizo y un sombrero, se subió a caballito encima de Nico, y se puso una larga gabardina que también cubría a Nico. Luego, colocó encima de su nariz el bigote postizo y se puso el sombrero en la cabeza. Parecían una sola persona muy alta.

Carlos susurró a Nico "comienza a andar", éste hizo caso y se acercó a un guardia: "Perdone", dijo Carlos con la voz más grave que tenía, "me gustaría hablar con el mago que vive en esta casa, para pedirle unos consejos". El guardia iba a replicar algo, pero Carlos le enseñó una invitación de mi abuelo con firma incluida. Yo conocía muy bien la firma y la letra de mi abuelo, era yo el que había falsificado esa invitación. Pero el guardia le creyó y le dejó pasar.

-Deje pasar también a mis dos hijos- murmuró Carlos. Y el guardia nos dejó entrar a Pedro y a mí.

A Carlos y a Nico (subido uno encima de otro) les dijeron que esperaran en una pequeña salita y a Pedro y a mí nos dejaron ir a jugar por ahí. "¿Donde está la habitación de tus abuelos?" me preguntó Pedro. Yo no lo sabía, pues era la primera vez que iba. Yo solía ir a la casa que tenían antes. Decidimos averiguarlo por nuestra cuenta. Pedro se fue por el pasillo de la izquierda y yo por el de la derecha.

Caminé mientras miraba en el interior de todas las habitaciones, algunas estaban cerradas con llave. De repente, escuché un ruido a mis espaldas, eran pasos que se acercaban, mi corazón se puso a latir aceleradamente y eché a correr, pero mis piernas eran muy cortas y no podía correr más que un adulto, enseguida alguien me agarró, me di la vuelta y vi al enfurecido guardia detrás mío, -¿qué estabas haciendo?- se lo voy a decir a tu padre, y me llevó hasta la sala de estar, donde se encontraban Nico y Carlos, que se estaban quitando el disfraz. El guardia al verlos se llevó la mano a la boca y dejó escapar un "oh". Se enfadó con nosotros, nos pegó unos cuantos gritos y nos echó fuera.

Me quedé preocupado, Pedro aún estaba dentro, -tenemos que sacarle de ahí, si no, quién sabe lo que le podría pasar-. Pero no sabíamos cómo volver a entrar, y no se nos ocurría nada. Entonces Nico sacó un "walkie talki" y nos dijo que Pedro tenía otro igual y que se podían comunicar; lo encendió y llamó a Pedro, esperamos unos minutos y al rato Pedro contestó, Nico le contó todo lo ocurrido, -tienes que salir de ahí ahora mismo-, le dijo, y luego colgó.

En ese momento, algo nos sorprendió por detrás, nos dimos la vuelta y vimos una silueta negra que se alzaba delante nuestro. Se escuchó una risa, Carlos sacó su linterna y apuntó con ella a la silueta, ¡era mi abuela!. -¿Qué hacéis aquí?-, -ir a visitarte,- dije yo.

Mi abuela nos contó que se escapaba todas las noches, porque tanta seguridad no era buena para ella, que necesitaba un poco de libertad. Yo la abracé y le dije que me gustaría verla todos los días, ella me contestó que no iba a ser posible, pero que de vez en cuando podríamos reunirnos allí mismo. Yo me emocioné, pero toda mi emoción se desvaneció al pensar en el abuelo. La abuela me dijo que no iba a ser posible que lo viera, porque tenía muchas cosas que hacer, estaba siempre rodeado de gente y no podía escaparse. Yo me puse triste porque quería mucho a mi abuelo y hacía mucho que no lo veía. Abuela, pregunté -¿por qué no dejáis todo eso de la televisión?, ¿por qué no venís a vivir a una casa cerca de la mía y así no habrá tantas complicaciones?-, pero la abuela no estaba tan segura de que eso fuera posible. -Lo intentaré- musitó, pero no creo que el abuelo quiera dejarlo. Nico le sugirió que hiciera algo con sus poderes mágicos, y la abuela se

echó a reír, - ¿Por qué no se me había ocurrido antes?-, -"ruma rumosa, culito de rosa, que se arregle aquí esta cosa"-.

De pronto, nos metimos todos en un remolino de colores, yo agarré la mano de mi abuela y no me solté de ella. Aparecimos viviendo todos juntos en una bonita casa, con papá, mamá y mi hermana, también vivía con nosotros mi abuela, pero ..-¿y el abuelo?-, por algún motivo, el abuelo no estaba, seguía viviendo en su mansión.

-¿Por qué el abuelo no está?-, pregunté. El único motivo por el que no estaba allí era porque no quería dejar el mundo de la fama. No podía creer que le importara más la fama que yo. -¿Cómo podemos convencerle para que venga a vivir con nosotros?-, por toda respuesta mi abuela se encogió de hombros. Noté cómo mis ojos se llenaban de lágrimas, no podía creerlo. La abuela también estaba desolada, -¿cómo podía demostrarle que la relación de los abuelos y los nietos es más importante que nada en el mundo?-.

-Bueno-, interrumpió papá, -parad ya de quejaros-, no hay más remedio que ir a convencerlo. Fueron a verle, pero en la entrada de la mansión estaba el guardia. La abuela le dijo: -déjanos pasar, él es mi nieto-, el guardia contestó con voz estricta "a usted la dejo, pero al niño no". La abuela enfadada le gritó, ¡¡despedido!!, el guardia, puesto que ya no trabajaba allí, se fue. Así pudimos entrar. Corrimos mucho, pero nos topamos con otro guardia que tampoco me quería dejar entrar, entonces tuve que irme.

Mientras tanto, la abuela consiguió llegar al despacho del abuelo. Estaba solo, sentado en su sillón. La abuela se acercó y le dijo, -¿se puede saber por qué quieres más a este asqueroso trabajo que a tu familia?-, el abuelo, sin dudarlo, contestó: -yo odio este trabajo, pero no lo quiero dejar porque temo que pasen muchas cosas si lo dejo. Por ejemplo, que los fan de mi programa me odien y empiecen a lanzarme tomates cuando paseo por las mañanas, u otras muchas cosas-. Se sentó enfadado, la abuela lo miró y le dijo: -ten en cuenta que la familia te ayudará siempre-.

El abuelo se levantó de nuevo, sonrió y dijo: -pues ala, me jubilo-, y los dos alegres, se fueron de la mano hasta los jardines de la mansión. Yo les esperaba, y al verles cogidos de la mano, supe que se había solucionado el asunto. El abuelo se acercó a mí, me pidió perdón y me contó por qué no había dejado el trabajo antes. Yo sonriendo le dije: -abuelo, la familia siempre te ayudará-.

Nos fuimos los tres a casa, la vimos desde lejos. Cuando nos acercábamos vimos a papá y a mamá. Un poco después, cuando ya nos habíamos juntado con ellos, vimos en la casa, a mis amigos, con una pancarta que ponía: "enhorabuena, lo has conseguido, el abuelo está en casa". Vimos una mesa, con un banquete de bocadillos, patatas fritas y golosinas. Desde el momento en que terminó el banquete, los seis empezamos a hacer una vida juntos.

PRIMER ACCÉSIT

"¡¡¡Superabuelos al rescate!!!"

Patricia Mª Santos Cortés
Colegio Mater Salvatoris (Madrid), Primer Ciclo de Secundaria

REUNIÓN PERSONAS 3ª EDAD
CLUB REINA SOFÍA
20:00 h.

Este era el anuncio que aparecía en la puerta principal del Club Reina Sofía, donde las personas mayores iban a pasar un rato todas las tardes. Allí bailaban, cocinaban, aprendían a coser, jugaban a las cartas...Mercedes era una anciana alta y delgada que siempre iba muy bien vestida y siempre llevaba tacones. Acostumbraba recoger su cabello blanco en un moño alto y bien hecho. Esa tarde, se dirigía con paso lento a la reunión que iba a celebrarse en el Club Reina Sofía.

A Mercedes, le gustaba mucho el deporte, y practicaba: baloncesto, tenis, pádel, natación, etc. Mercedes solía presentarse a muchos maratones en el club, pero eso no quería decir que dejara de ir todos los miércoles a la reuniones que se celebraban, pues solían tratar de temas actuales de los que ella estaba siempre muy interesada. Al llegar, saludó a Pepi, la secretaria, y bajó apresuradamente las escaleras, pues se le había hecho demasiado tarde. Al entrar en la sala de reuniones vio que la reunión todavía no había comenzado, y saludó amablemente a sus compañeros:

- Hola amigos
- Hola Mercedes – dijo Claudia, una de sus compañeras.
- Siéntate aquí a mi lado – le pidió Francisco.

Mercedes fue corriendo a sentarse al lado de Francisco, y Jacobo, el Presidente del Club, comenzó la reunión.

- Hola queridos amigos, me satisface encontraros de nuevo a todos, porque hoy vamos a tratar un tema muy importante en esta reunión. Se trata de "los viejos" – e hizo una pausa.

¿A cuántos de ustedes las personas jóvenes les tratan sin respeto, o les hacen muecas burlonas cuándo van a comprar? ¿A cuántos de ustedes ya nadie les ayuda a llevar las bolsas de la compra, o simplemente les sujetan las puertas del ascensor?

Todos compartieron miradas de complicidad.

- Pues eso se va a acabar, ¿verdad chicos?
- ¡ ¡Síiiiiii!!, contestaron todos a la vez.

- ¿A quién se le ocurre alguna idea para acabar con este gran problema? Podríamos comportarnos con ellos, como ellos se comportan con nosotros – dijo Sofía, una mujer refunfuñona que siempre estaba enfadada.

- ¡No! – contestó José Luis, un vejete regordete y muy simpático – no debemos hacer lo que nosotros no queremos que nos hagan los demás. ¡Yo tengo una idea!- exclamó Mercedes – mirad amigos, a las personas de hoy, les gustan los héroes...las personas que han hecho cosas importantes por su pueblo. Si todos fuéramos un poco héroes, e intentáramos ayudar a los demás ciudadanos de Villamanrique, estoy segura de que nos tratarían con más respeto.

- ¡Estamos de acuerdo!, ¡Sí, sí! – gritaron todos casi a la vez. Y así fue, el miércoles siguiente trataron de poner solución a aquel problema que tanto les preocupaba.

Jacobo trajo una caja llena de disfraces de superhéroes y cada miembro del club escogió uno y se los pusieron. Después necesitaban ponerse un nombre para que todo el pueblo les conociera, y se decidieron por: Los Superabuelos.

Después de decidirlo todo, Jacobo les dijo, que durante la semana, intentaran solucionar los problemas de los ciudadanos, todas aquellas pequeñas cosas que podían suponer preocupaciones para los vecinos del pueblo...y que, al miércoles siguiente, cada uno contaría sus hazañas.

Mercedes, al llegar a su casa, no lo dudó ni un momento, se quitó el disfraz, lo guardó en una bolsa, cogió el autobús, y fue directa a casa de su hija Irene donde comenzaría su andadura como héroe.

- ¡Hola familia! – fueron las palabras de Mercedes cuando le abrió la puerta Ramón, su yerno. Toda la familia, al verla vestida de aquella forma tan extraña, se quedó un poco asustada, pero pensaron que serían cosas de la edad.

Mercedes, primero se dirigió a la cocina, donde su hija estaba preparando un bizcocho, y le preguntó:

- ¿Puedo ayudarte, hija?

¡Claro que sí, mamá! – y madre e hija hicieron un delicioso bizcocho. Después, Mercedes decidió ir a ver qué hacía su nieta Lucía, y la encontró peinándose.

Toc, Toc

- ¡Adelante!

- Hola Lucía, soy yo, la abuelita.

- Hola abuela

- ¿Qué haces cariño?

- Estoy haciéndome peinados, y maquillándome.

Y Mercedes y Lucía comenzaron a pintarse, a hacerse trenzas...y al final, terminaron las dos que parecían unos payasos, y se rieron mucho. Sólo quedaba Ramón, que como casi todos los hombres, estaba viendo el fútbol, el partido del

Madrid-Barcelona, así que Mercedes ni corta ni perezosa, aprovechó la oportunidad para estar con él.

- ¡Qué Ramón! ¡Viendo el fútbol! ¿No? – preguntó Mercedes. - Sí, ya ves.

Así que Mercedes se sentó en el sofá, a su lado.

Al principio sólo compartían miradas perdidas en el aire, y algún monosílabo, pero después cogieron confianza, y terminaron los dos gritando y saltando en los sillones, animando a su equipo.

De esta forma, Mercedes había terminado su misión, había compartido un poquito de su tiempo con cada miembro de su familia, así que ya iba siendo hora de volver a casa. Se sentía muy satisfecha del día, cogió la capa roja de superhéroe, para taparse, pues era un día muy frío, y cuando se disponía a salir a la calle para volver a su casa, descubrió que toda la familia la estaba esperando en la puerta.

- Abuela, no hace falta ser un superhéroe para ser la mejor abuela del mundo – dijo Lucía.

- Sí, tu nieta tiene razón. Muchas gracias por haber compartido estas horas con todos nosotros, ha sido muy divertido – dijo Irene.

- Deberías venir más a menudo a estar con nosotros, y no tan de tarde en tarde...pasas mucho tiempo sola y no tienes necesidad, nos tienes a nosotros — dijo su yerno Ramón.

Así que Mercedes, una ancianita alta y delgada, ayudando a los demás, descubrió que le habían ayudado a ella: su familia tenía razón, durante este tiempo había tenido un concepto equivocado de lo que su familia pensaba de ella, y el salir de ese error fue la mayor alegría del mundo, mucho mayor incluso, que la de ganar un maratón.

De esta manera, en la siguiente reunión del Club, tenía un montón de experiencias nuevas que contar.

SEGUNDO ACCÉSIT

"La importancia de los abuelos"

Ana Aguierre Uriz
Colegio Belen Ikastetxea de San Sebastián (Guipúzcoa), Primer Ciclo de Secundaria

Dalia, vivía en América del Sur, en un poblacho en mitad de la selva. Tenía 12 años. Hasta hacía bien poco, había vivido con sus padres, pero su madre había muerto de malaria y su padre apenas estaba con ella, pues se dedicaba a cazar. Así pues, tuvo que empezar a vivir sola con sus abuelos. Su abuelo era el más sabio de la aldea. Sabía distinguir las plantas medicinales sólo con olerlas, sabía cuándo y dónde había que cazar... Era muy sabio. Dalia nunca había recibido una educación correcta, más que cuando unos misioneros se pasaron por el pueblo, pero estuvieron apenas un mes. En la aldea, no había colegios ni nada parecido, ya que no había instalaciones, y encima, no disponían de una persona con capacidades educativas. La única educación que había recibido era cómo cuidar a sus hermanos, puesto que las chicas no salían de caza. Pero ahora con su abuelo, tenía la posibilidad de aprender los secretos de la selva. Junto a él aprendería a distinguir las plantas, a predecir el tiempo, a adivinar los mejores lugares para la caza. Junto a él todo sería perfecto.

Cuando llevaba con sus abuelos un mes o así, pidió a su abuelo, que le enseñara. El viejo hombre se sorprendió ante la petición de su nieta, pero la vio con tantas ganas que no pudo negárselo.

Al principio, el abuelo, le explicaba todo en su choza, pero cuando llevaron un tiempo aprendiendo las plantas una tarde de Julio, poco antes de sentarse a cenar en celebración de que los cazadores habían vuelto con comida, el viejo abuelo, se llevó a Dalia.

- Mañana antes del amanecer, iré a despertarte. Cuando lo haga, no hagas ruido y sal de tu choza.

Así pues, la madrugada del día siguiente, Dalia fue despertada a la hora predicha por su abuelo. Se levantó sigilosamente como un gato y cuando estuvo preparada, salió a la plaza. Allí se reunió con su abuelo y juntos se adentraron en la oscuridad de la selva.

El abuelo de Dalia, parecía saber perfectamente a dónde iba y Dalia por su parte, confiaba plenamente en su instinto.

En sus tiempos, el abuelo de Dalia, había sido por muchos años el mejor cazador de la Tribu y, por eso su nieta, no podía dejar de confiar en él.

Por el camino, se les pegaron a la piel muchos insectos, pero ni Dalia, ni su abuelo, parecieron inmutarse. Sabían perfectamente, que el único insecto que

podía transmitirles una enfermedad mortal, era la mosca TSE-TSE, y no habitaba por esas zonas.

Dalia contempló todo lo que pudo durante el trayecto, e hizo unas cuentas preguntas que su abuelo contestó.

Al final, llegaron a un claro del bosque donde las altas sequoyas y muchos más árboles gigantes no habían echado raíces. Al llegar, pudieron ver los primeros rayos del amanecer de aquel nuevo día que se presentaba hermoso. Con la luz del día, comenzaron a estudiar las plantas de los alrededores.

Al mediodía, tuvieron que internarse en la selva para protegerse del abrasador sol, y buscar algo de comida. El abuelo de Dalia, enseñó a la niña, cuáles eran los frutos buenos y cuáles no, de qué árbol tenían que coger frutos...

Más tarde, después de comer, se sentaron un rato a descansar, pero cuando llevaban apenas dos minutos en ello, apareció un leopardo entre la maleza. El primer impulso de la chica hubiera sido gritar, pero su abuelo, le hizo un gesto y se contuvo. El leopardo, no acostumbraba a encontrarse seres humanos por los alrededores de su guarida, por eso, el abuelo, no supo quién tenía más miedo, su nieta o el leopardo.

Ambos se miraron por unos instantes, y por alguna extraña razón, a Dalia, le entró un impulso de acercarse al enorme gato y acariciar sus orejas. El leopardo, al parecer, sintió algo parecido y se acercó lentamente a la muchacha, quien le acarició suavemente. En ese momento, el abuelo comprendió que el leopardo no tenía malas intenciones y relajó sus músculos.

Cuando el leopardo se marchó, el abuelo y su nieta Dalia siguieron con la clase.

Varios días les llevó estudiar las plantas, los animales,... Al amanecer del último día, el abuelo, no tenía más conocimientos que transmitir a su nieta, y esa misma mañana regresaron al poblado. Los recibieron con tremendos gritos de alegría.

Esa noche, hicieron una fiesta en honor de los recién llegados.

Dalia ya sabía todo lo que su abuelo le había podido enseñar: sabía distinguir las plantas, predecir el tiempo, decir dónde se encontraban los mejores animales para la caza..

En los días que estuvo en la aldea, tuvo la ayuda de su abuelo, y juntos debatían los problemas de la aldea y asesoraban al Jefe.

Todos los habitantes, estaban impresionados de la sabiduría de la chica. Encima, en esa aldea, nunca había habido un chamán que fuera chica, pues para ellos, las féminas sólo cuidaban a los niños y a las casas o chabolas.

Poco a poco, Dalia pudo ir cambiando esa forma de ver a las mujeres, siempre con la ayuda de su abuelo.

Un día, su abuelo enfermó, y contagió la enfermedad a su abuela que al ser más débil, murió a pesar de los cuidados de su nieta. Unos días después de la

muerte de su abuela, el abuelo de Dalia tuvo que meterse en la cama. Poco a poco iba empeorando y su nieta le pedía consejo para ayudarle, pero éste no le dijo el secreto de los antepasados hasta que presintió que esa era su última noche.

Le comunicó a su nieta que iba a morir y le dijo:

- El leopardo que vimos en los días que estuvimos en la selva, es tu amigo. Ahora eres la chamán de la tribu. Vete a la selva y encuentra al animal.

Poco después del amanecer, el abuelo dio el ultimo adiós a su nieta y murió.

Tal como la había asesorado el viejo chamán, Dalia se adentró en el bosque y encontró al leopardo, y como le dijo su abuelo, lo llevó consigo a la aldea.

Por mucho tiempo, sacó adelante la aldea como había hecho su abuelo, y siguiendo su ejemplo, enseñó a uno de sus nietos los secretos de la Naturaleza.

Gracias a esta relación entre abuelos y nietos tan confortable, como en este cuento, en las selvas de Sur-América, aún hay tribus con chamanes que tienen poderes curativos más fuertes que cualquier médico, ya que son naturales y en ellos el enfermo deposita toda su fe.

Gracias a unos abuelos.

PRIMER ACCÉSIT

"A mis raíces"

Estefanía Pol Álvarez
Colegio IES de Quiroga (Lugo), Segundo Ciclo de Secundaria

(SEA ÉSTE HOMENAJE A LAS RAÍCES QUE NOS DIERON LA VIDA, ESOS ABUELOS, PUES SIN ELLOS, MATERNOS Y PATERNOS, NO EXISTIRIA ESTE ÁRBOL FAMILIAR)

Queridos abuelos:

Sangre de mi sangre, paño de sentimientos que presto está para enjugar la más mínima lagrima que ven aflorar en el espejo de mis ojos. Mano encallecida por el trabajo pero delicada como la más fina de las telas que siempre encuentro abierta y tendida para guiarme, para conducirme y ayudarme en el duro camino de la vida.

Abuelos, cuantas veces, como si fuerais borriquitos en vuestras espaldas cabalgaron mis ilusiones, como un nuevo Quijote sobre Rocinante. Vuestra mirada es lámpara incandescente, farol que ilumina esas noches que también en la infancia pueden aparecer para producir largas y penosas pesadillas, para quitarnos el sueño a los niños, pero vosotros, el abuelo y la abuela, siempre seréis esos centinelas que valen para que nuestros sueños sean de paz y tranquilidad.

Vuestro rostro presenta los arañazos del paso del tiempo, esas arrugas que no son más que los vestigios de la lucha sostenida con el lobo de la vida, que después de endulzar engañosamente la boca de los niños, cuando se hacen hombres, con sus afilados dientes los quiere devorar, pero ahí esta la figura de ese abuelo, el luchador incansable que, aunque físicamente parezca agotado, le queda esa gran arma que no es blanca ni de fuego pero que aniquila a quien intente a su nieto hacer daño, la experiencia, la sabiduría psicológica de reconocer la manzana de la bruja de la que no lo es.

Sobre vuestro regazo, cuántas horas pasa mi cabecita reposando en el más noble y grande de los almohadones, el apoyo ideal para que mis pensamientos maduren. Me gusta oír tu palabra reposada, serena y tranquila, me parece agua muy fresca que voy sacando con el balde de mis múltiples preguntas del pozo de tu alma. Cuántas y cuántas cosas me enseñas sin tener la titilación de maestro, pero, abuelos, para enseñar solo hace falta hacerlo de corazón y ése, el órgano vital, vosotros lo tenéis latiendo con la mayor de las fuerzas para que nosotros, vuestros adorados nietos, la flor de este árbol, siempre estemos en plenitud de primavera exultante, disfrutando de la formidable infancia, pero este florecimien-

to no sería posible sin vuestro calor que es tan importante para nuestras vidas como el del astro rey.

Abuelos, siempre os recordaré como ese acompañante, el adminículo seguro que de su mano acompañaba por la selva urbana, guiándome con seguridad hasta las puertas del colegio, donde, incluso mucho antes de salir de las clases, ya estaba el buen abuelo, pues la abuela, una excelente cocinera, estaba preparándonos una suculenta comida al llegar a casa. Nada más salir me lanzaba, con la seguridad de que tus brazos, las cadenas del mejor columpio que un niño puede tener, no me dejarían caer al suelo y, a continuación tú me besabas en la frente como para despertar mi todavía distraída inteligencia por los juegos. Luego tú cogías la mochila, aunque en verdad que, dados tus problemas de las piernas, tu cuerpo ya no estaba para soportar mucha más carga que la exclusiva de tu peso que ya tenia además múltiples achaques y enfermedades.

Yo te comentaba cosas del cole, tú me preguntabas cómo me había ido. Íbamos camino de la casa donde nos aguardaba la abuelita, pues nuestros padres, excepto los fines de semana, el resto de los días, por motivos de trabajo no podían sentarse en la mesa con nosotros. Por el camino íbamos esquivando en las encrucijadas viales a los lobos de motor que rugían y metían miedo, pero este miedo yo no lo sentía estando con el abuelo, mi más seguro lazarillo. Seguíamos, él con la cesta, perdón la mochila donde ya no iba nada de alimento, pues aquel dulce o bocadillo para media mañana ya di cuenta de el en el tiempo de recreo. A la casa de la abuela, que también era la nuestra solamente llevábamos libros y muchas ganas de comer.

¡Qué rica estaba aquella suculenta comida! Que yo también pagaba con besos y caricias y no me importaba dejar alguno de propina, pues ella todo lo merecía.

Y, por las tardes, alguno de ellos o ambos, me acompañaban al lugar de juegos, aquel parque de encuentro de aquellas inolvidables amigas y amigos. El abuelo o la abuela, sentado en el viejo banco vigilando a su único tesoro. Yo jugaba y él hablaba con algún compañero o conocido, echaba palomitas de maíz, que él nunca comía, a las bellas zuritas y otras, viajaba en sus pensamientos. No sé a donde iría; pues yo entonces no se lo preguntaba y su vista, su mirada, siempre anclada en mi persona. Ya cansada o, teniendo que cumplir el inexcusable compromiso del escolar deber, volvíamos. Después de cenar, cuando ya mi cuerpo pedía descanso me marchaba a la cama, eso sí, después de a todos dar mi beso de buenas noches, aunque el abuelo lo recibiría doble, pues, cuando ya estaba arropada entre las mantas, venía el abuelo a contarme aquellos cuentos que no hace muchos años, pues aún soy una quinceañera, descubrí sin tener que preguntárselo que todo eran verdades. Cuánto agradezco esas historias, pues no sé si el abuelo era consciente de que con esa última lección de cada día, la oración literaria, me estaba inculcando el amor que ahora

siento por la lectura y escritura. Por eso ahora es el abuelo el que, algunas tardes, viene a mí y me dice "Estefanía cielo, ¿no me lees algo de lo que has escrito?". Creo que él lo hace no por lo que yo le pueda enseñar, pues él casi todo lo sabe, pero es para que yo no pierda la ilusión que desde pequeña en mí prendió.

Los abuelos, querido lector, son esas raíces que sostienen a la planta familiar, primero estando sobre la misma tierra y después, cuando la muerte las entierra, siguen estando muy vivas porque aquella familia que da la espalda a los abuelos, el que considerándolos muebles inútiles en trastero del hogar los arrincona o, incluso hasta, siente vergüenza del que les dio todo, avergonzándose de los que tienen por corona las plateadas canas, terminan sacándole pasaporte para una casa común de ancianos donde tendrán de todo pero les falta lo que algunos egoístas padres no paran a reflexionar, el cariño y amor de unos nietos y de unos hijos.

Abuelos, mientras yo viva nunca quiero oír a mis padres "el que somos muchos y alguno sobra", nunca puedo quedar ni yo, ni ningún niño, sin la indispensable compañía y el consejo sabio de un abuelo; pues eso, sería mutilar a la familia, cortarle sus raíces con la mortal sierra del olvido y la desconsideración y así no se educa a los hijos y, además, los papás de hoy, con el permiso de la vida, pueden llegar a la grandiosísima categoría de ser abuelos y les dolería mucho que los que se la deban reconocer los deporten de su reino, ese hogar, y de ese trono, la silla que merece el adorable y respetable abuelo.

Dejemos que duerman su sueño de felicidad y no les despertemos recordándoles que hay que marchar. Si quiere viajar para eso tiene el Imserso, pero que esa marcha sea temporal y que al final esos días de viaje siempre sepa que en su casa lo esperamos con los brazos abiertos y que cuando no está, hay un vacío irrellenable. Tú eres la historia, el pasado hecho presente y un seguro puente tendido hacia el futuro que rápido avanza, aunque, dada mi edad, todavía no me doy cuenta de esa rapidez.

A quien le tengo miedo, mucho miedo, tanto que no me deja por veces conciliar el sueño, es a la amenaza de que la mortal Parca existe y puede atacarnos a cualquiera, pero los abuelos, como ya tienen tantas dolencias, me preocupan porque no disponen de muchos recursos físicos si ésa les atacara, por eso, abuelos, cuando me acuesto, antes de rendirme a los brazos de Morfeo, rezo a nuestro padre Dios que no me falte por muchos años la luz de vuestros ojos, la sonrisa gratificante y el hilo de nuestra voz que me sirve para que, por muy lejos que un día esté del hogar, siguiendo ese delgado pero fortísimo hilo, evite que nunca del amor familiar me olvide.

Larga vida, corazones míos.

SIEMPRE VUESTRA, ESTEFANIA

SEGUNDO ACCÉSIT

"El mejor de los abuelos"

Manuel Galnares Milano
Colegio Highlands de Montequinto (Sevilla), Segundo Ciclo de Secundaria

Érase una vez una pequeña familia que vivía en una aldeíta llamada "Tres Mochilas". Esa familia eran los Perrozos y vivían todos sus componentes en una misma casa, desde el abuelo hasta el nieto.

La de los Perrozos era una familia compuesta por Juan, el abuelo y el más sabio de todos; Pedro, el padre; Marta, la madre, y Javier, hijo de Pedro y Marta y nieto de Juan, al que tenía mucho cariño y aprecio.

Juan tenía cincuenta y nueve años aunque parecía mucho mayor pues no estaba bien de salud. Casi no se podía mover, no tenía pelo... pero su rostro sencillo y claro desprendía lo que era: un hombre humilde, honesto y bueno.

Pedro, hijo de Juan, aun siendo de su misma sangre, no se parecía nada a su padre. Era muy parecido a su madre: alto, fuerte, moreno, de rostro especial y de denso pelo.

Marta era guapa, rubia, de ojos azules, alta... pero con muy mal carácter y muy poca paciencia: perdía los nervios cada dos por tres.

Javier era rubio, de ojos azules, alto también... muy parecido a su madre en el físico; pero muy diferente en su carácter. Javier era paciente, muy tranquilo. Aunque sólo tenía diez años, se solucionaba sus asuntos perfectamente sin la ayuda de sus padres, que no es que le echaran mucha cuenta precisamente. De esto último era consciente Javier y le hacía sentirse triste. En esos momentos de decaimiento era su abuelo quien lo ayudaba y daba ánimos. Para ello, le contaba historias de su infancia o le daba consejos para la vida, para superar las adversidades. También contaba chistes con mucha gracia.

Javier fue tomando un cariño inmenso por su abuelo.

Un día, en verano, Javier se levantó de su cama y encontró a sus dos padres peleándose; al escucharles gritar, corrió hacia ellos para tranquilizarles; pero no hubo manera y la discusión fue a más. Javier se puso a llorar. La situación fue haciéndose aún más insostenible hasta que la madre acabó haciendo su maleta y abandonando la casa llevándose a Javier.

Desde la separación de los padres, todo era un infierno para Javier. Ahora vivía con su madre en un albergue de un pueblo alejado de la aldea y lo que peor llevaba era que no podía ver a su abuelo todo lo que quería.

Javier lloraba todas las noches; le dolía mucho la separación de sus padres y echaba de menos las tranquilas charlas de su abuelo y la paz que le daba.

Después de mucho tiempo con su madre, volvió a la antigua casa para pasar un tiempo con su padre. Javier estaba contento pues quería ver a su padre. Y es que, aunque nunca le echó mucha cuenta, él lo quería. Y, por supuesto, le hacía feliz la oportunidad de volver a estar todo el día con su abuelo Juan.

Cuando llegó en un taxi a la casa esperaba ver a su padre y su abuelo recibiéndolo en la puerta; pero sólo encontró a su abuelo que le sonreía tímidamente. Javier corrió hacia él y se le abrazó con fuerza. De repente, Javier notó que su abuelo lloraba y rápidamente le preguntó por la causa de sus lágrimas. El abuelo apenas pudo balbucear unos sonidos incomprensibles y demostró que estaba nervioso. Al final, poco a poco y con mucho tacto, le hizo pasar adentro y le contó que su padre había fallecido en un accidente de coche.

Cuando Javier escuchó esto, casi se le para el corazón. Se echó a llorar abrazado a su abuelo. Éste le consoló contándole el sentido de la vida y la muerte y le hizo ver que perder a su padre no era tan malo, que todos nos vamos en algún momento y que además, en el momento del accidente, su padre se dirigía al albergue para ver a Marta y pedirle perdón y reconciliación. Estaba completamente arrepentido y quería resolver todos los problemas de su familia para que ésta volviese a ser lo que debía.

Estas palabras animaron mucho a Javier que pensó que si su padre se había arrepentido, no era tan mal padre; pero lo que más le consoló fue pensar que su padre pudo haber ido al cielo gracias a su actitud final.

El abuelo de Javier se hizo cargo de que las últimas intenciones de su hijo Pedro llegaran a oídos de Marta, su nuera. Ésta volvió entonces a la casa de la aldea junto a su hijo y su suegro y allí volvieron a estar juntos, sin Pedro, pero con un amor inmenso entre ellos y hacia quien desde el cielo los contemplaría complacido.

En el entierro, Javier miraba a su abuelo; estaba sereno, tranquilo, feliz incluso a pesar de la muerte de su hijo. En ese momento más que nunca Javier se percató de que su abuelo era un ejemplo a seguir, un modelo: era sabio, honesto, bueno, tenía claro el sentido de la existencia y cómo había que vivir la vida y afrontar las adversidades. Tenía, en definitiva, todo lo más importante que un ser humano debe poseer y transmitir.

A Javier le invadió, a pesar de la tristeza por su padre, una sensación de paz y bienestar y quiso poder contagiársela a su abuelo, lo que le haría feliz. Javier supo en ese momento que le pedía algo muy claro a la vida: llegar a ser como su abuelo.

Categoría Colegios 2005
y Mención especial

La filosofía de este Concurso es reconocer también la participación, tanto de Abuelos/Nietos como de Centros Escolares. Por ello y, debido a sus características particulares el Jurado decide otorgar el premio al:

- **Colegio Público Ntra. Sra. de Guadalupe, de Vivares (Badajoz)**
- **Colegio San José, de Fuensalida (Toledo)**

Asimismo, el Jurado otorgó mención especial, por la calidad de los trabajos presentados al:

- **Colegio Mater Salvatoris, de Madrid**

Galería de Fotos

2006

D. Pedro Núñez Morgades, Defensor del Menor de la Comunidad de Madrid, entregó el Premio a la Ganadora del VIII Concurso Nacional, en la Modalidad dirigida a Nietos a la niña Patricia Núñez de Aysa, del Colegio Montealto, de Madrid.

D. Florencio Martín Tejedor, Director General del Mayor del Ayuntamiento de Madrid, entregó el Premio a la Ganadora del VIII Concurso Nacional, en la Modalidad dirigida a Abuelos a Dª. Carmen Arroyo Rodríguez, de Palencia.

D. Eduardo Rodríguez Rovira, Presidente de CEOMA, entregó el Primer Accésit en la Modalidad dirigida a Abuelos, al matrimonio formado por Dª. Mª del Carmen Gutiérrez de la Iglesia y D. Ángel García Ortiz de Santander.

D. Eduardo Rodríguez Rovira, Presidente de CEOMA, entregó el Segundo Accésit en la Modalidad dirigida a Abuelos, a Dª. Filomena Valverde Morales, de Viso del Marqués (Ciudad Real).

D. Carlos Mª Martínez, Director de Obra Social Caja Madrid, entregó el Diploma de "Reconocimiento Especial" concedido a Dª. Lucía Alonso Franco, por el dibujo "Abuelas de Ayer", recogió el premio su hermana Dª. Carmen Alonso Franco.

D. José Joaquín Cerezo, Director de la Fundación Santa María, entregó el Ex Aequo al Colegio Montealto de Madrid, en cuyo nombre recogió el Premio su Directora Dª. Mª Jesús Salvador.

D. Juan Manuel Carrera Gil, Director General de Faunia, entregó el Primer Accésit de Educación Infantil, al niño Guillermo Castillo González, del Colegio Nuestra Señora del Carmen de León.

D. Arturo Fernández, Responsable de Congresos de Viajes MAPFRE, entregó el Segundo Accésit de Educación Infantil a la niña Arianna Alonso Alfonso, del Colegio Nosa Sra. do Carmen de Orense.

D. José Luis Méler y de Ugarte, Secretario General de CEOMA, entregó el Primer Accesit de Segundo Ciclo Primaria, al niño Félix López Fernández, del Colegio Nuestra Señora del Carmen de León.

D. José Luis Méler y de Ugarte, Secretario General de CEOMA, entregó el Segundo Accésit de Segundo Ciclo Primaria, a la niña Amanda Calcaño Ginestral, del Colegio Nuestra Señora del Carmen de León.

D.Javier García Pérez, Director de Edad Dorada - Mensajeros de la Paz, entregó el Primer Accésit de Tercer Ciclo Primaria al niño Julio López Gantes, del Colegio Hijas de Jesús, de La Coruña, recoge el premio su prima Marta Fernández.

D. Ignacio Buqueras i Bach, Presidente de Honor de CEOMA, entregó el Primer Accésit de Primer Ciclo de Secundaria a la niña Sandra Peralta, del Colegio San Agustín de Calahorra, La Rioja.

D. Ignacio Buqueras i Bach, Presidente de Honor de CEOMA, entregó el Segundo Accésit de Primer Ciclo de Secundaria a la niña Natalia Rodríguez Vicente, del Colegio Santa Isabel, de Salamanca.

Dª. Carmen de Alvear, Vicepresidenta del Consejo de Personas Mayores -COPEMA- entregó el Primer Accésit de Segundo Ciclo Secundaria a la niña Blanca de la Cruz Rodríguez, del Colegio Montealto, de Madrid.

Dª. Carmen de Alvear, Vicepresidenta del Consejo de Personas Mayores -COPEMA- entregó el Segundo Accésit de Segundo Ciclo Secundaria a la niña Esther de Zulueta Guimaraens, del Colegio Montealto de Madrid, recogió el Premio su madre, Dª. Esther Guimaraens.

Numerosas personas asistieron a la Entrega de Premios del VIII Concurso Nacional "Háblame de tu abuelo/a, Háblame de tu nieto/a" en el Patio de Cristales del Ayuntamiento de Madrid.

Foto familiar de los galardonados en este Concurso.

2005

D. Pedro Núñez Morgades, Defensor del Menor de la Comunidad de Madrid, entregó el Premio a la Ganadora del VII Concurso Nacional, en la Modalidad dirigida a Nietos a la niña Ana González Lara, del Colegio Mater Salvatoris, de Madrid.

D. Antonio de Guindos, Coordinador General Empleo y Servicios a la Ciudadania Ayuntamiento de Madrid, entregó el Premio al Ganador del VII Concurso Nacional, en la Modalidad dirigida a Abuelos a D. Faustino Gracia Barrachina, de Vitoria-Gasteiz.

D. Eduardo Rodríguez Rovira, Presidente de CEOMA, entregó el Segundo Accésit en la Modalidad dirigida a Abuelos a D. Ramón Cabrera Navieras, de Monells (Gerona).

D. Ignacio Buqueras i Bach, Presidente de Honor de la Fundación Independiente y de CEOMA, entregó el Diploma en la Modalidad Centro de Enseñanza al Colegio San José, de Fuensalida (Toledo).

D. Javier García Pérez, Director General de Edad Dorada-Mensajeros de la Paz, entregó el Primer Accésit de Eduación Infantil a la niña Lola de Marcos, de Madrid.

Dña. Carmen de Alvear, Secretaria General de COPEMA, entregó el Accésit de Primer Ciclo de Primaria a la niña María Bernaldo de Quirós del Colegio Mater Salvatoris, de Madrid.

D. José Joaquín Cerezo, Director de la Fundación Santa María, entregó el Segundo Accésit de Primer Ciclo de Primaria a la niña Mónica Vivar del Colegio Mater Salvatoris, de Madrid.

El Padre Ángel García Rodríguez, Presidente de Edad Dorada Mensajeros de la Paz, entregó el Diploma de Finalista correspondiente al Primer Ciclo de Primaria a la niña Carlota Ojeda del Colegio Mater Salvatoris, de Madrid.

El Padre Ángel García Rodríguez, Presidente de Edad Dorada Mensajeros de la Paz, entregó el Diploma de Finalista correspondiente al Primer Ciclo de Primaria a la niña Marta Junquito del Colegio Mater Salvatoris, de Madrid.

D. José Joaquín Cerezo, Director de la Fundación Santa María, entregó el Primer Accésit de Primer Ciclo de Secundaria a la niña Patricia María Santos Cortés del Colegio Mater Salvatoris, de Madrid.

El Padre Ángel García Rodríguez, Presidente de Edad Dorada Mensajeros de la Paz, entregó el Diploma de Finalista correspondiente al Primer Ciclo de Secundaria a la niña Cristina Abril Sánchez del Colegio Mater Salvatoris, de Madrid.

D. José Joaquín Cerezo, Director de la Fundación Santa María, entregó el Segundo Accésit de Primer Ciclo de Secundaria a la niña Ana Aguirre Uriz, del Colegio Belén, de San Sebastián.

Numerosas personas asistieron a la Entrega de Premios del VII Concurso Nacional "Háblame de tu abuelo/a, Háblame de tu nieto/a" en el Patio de Cristal del Ayuntamiento de Madrid.

Foto Familiar de los galardonados en este Concurso.

INSTITUCIONES Y ENTIDADES COLABORADORAS